



LOVE TRAP

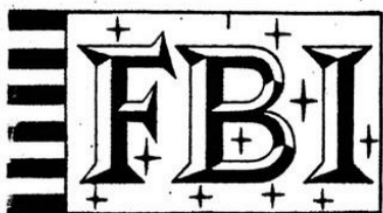
FBI

MORTIMER  
CODY

AGENCIA  
MATRIMONIAL

R









© Mortimer Cody  
Derechos reservados por  
EDITORIAL ROLLAN, S. A.  
PINTO (Madrid)  
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 31.983 - 1971

Printed in Spain

---

Suc. de Rivadeneyra, S. A. - MADRID





MORTIMER CO.

# **Agencia matrimonial**

**Primera edición**

**EDITORIAL ROLLAN, S. A.**  
**PINTO (Madrid)**  
**ESPAÑA**



## CAPÍTULO PRIMERO

**H**ABÍA que comprenderlo: estaban en luna de miel.

Ben, el portero del suntuoso edificio de apartamentos, situado cerca de la bahía de San Francisco, con vistas a ésta, y las fabulosas residencias de Green Hill, exclusivas para millonarios, lo comprendía muy bien. Aquella pareja de recién casados, como todas, creen que todo empieza y termina con la luna de miel. Y no es así, claro. La luna de miel es algo así como la tarta, café, copa, y puro, que se concede al condenado a muerte..., según opinaba el propio Ben, y él sabría por qué, ya que su matrimonio databa de treinta y cuatro años antes.

Pero, claro, no hay que despreciar la tarta, el café, la copa, ni el puro. Luego... En fin, lo que suceda luego ya es aparte.

Y aquella pareja no la desaprovechaba. Entraban besándose, salían besándose... Se miraban, se arrullaban... Ya se sabe.

Además, la recién casada era un bombón, y el tipo, observado por Ben con cierta... admiración, era viril, fuerte. Nada de tipejos delgados, melancólicos, con mucha melena. No, no. Un tipo recio, viril, fuerte; de treinta y tantos años, que es, más o menos, la edad en que uno sabe lo que quiere.

En suma, una buena pareja.

Se habían metido en el ascensor, y poco después llegaban a la cuarta planta; a la suya. Llevaban ya diez días en el apartamento alquilado. Y la pareja se había metido ya en el apartamento, a todo confort. Un lugar agradable, con lujos, comodidades, excelentes vistas, sin demasiados ruidos...

El tipo se llamaba Lionel Thomas. Ella, Thelma Bretten. Bretten de soltera, claro. Ya era la señora Thomas.

Thelma consiguió que Lionel dejara de estrujarla, de besarla; ni

siquiera habían encendido la luz del apartamento. Thelma, sonriente, un poco cansado su gesto, decía:

—Lionel..., ¿es posible que me ames tanto...?

Lionel encendió la luz entonces.

Miró los ojos grises de Thelma; los escrutó.

—Dime la verdad, Thelma: ¿te cansa mi amor? ¿Te he decepcionado? ¿Esperabas algo distinto?

—Oh, no, Lionel... No hables así, por favor... Sólo que... ¡hace tan poco que nos conocemos...!

—Quince días —dijo Lionel, esbozando una sonrisa.

Ella asentía con movimientos de cabeza. Suspiró.

—Exactamente, quince días —dijo—. No es mucho tiempo, ¿verdad? Por eso... mi pregunta sobre tu amor, Lionel. ¿Lo comprendes? No lo pregunto por molestarte, ni por dudas reales; es por... asombro. Eso es: estoy asombrada de que estas cosas ocurran así, con tanta rapidez...

Lionel volvió a sonreír.

Rodeó los hombros de su esposa con un brazo, y caminaron hacia el interior de la «suite», hacia el dormitorio, concretamente. Era ya tarde; de madrugada, y estaban un poco cansados ambos. Por tanto, lo único necesario ya era una ducha, y dormir.

Lionel encendió la luz del dormitorio, y ayudó a Thelma a quitarse el maxi abrigo, con cuello de piel. Mientras ella lo guardaba en el «closet», Lionel había encendido un cigarrillo, y miraba con grave expresión a Thelma. Ella captó tal expresión, y formuló un interrogante, por el simple hecho de arquear una ceja. Lionel hizo un gesto, y ambos se sentaron en el sofá.

—Thelma..., quisiera decirte algo..., en mi descargo; en mi defensa. Tal vez..., tal vez me he comportado como un bruto —murmuró Lionel.

Ella le miraba, sorprendida.

—No comprendo, Lionel —dijo.

—Intentaré explicarme. Tú ya sabes de dónde procedo, y a qué me he dedicado. Por favor, haz un pequeño esfuerzo, y comprenderás lo demás.

—Pero, Lionel... De verdad que no quiero reprocharte nada...

—Podrías hacerlo algún día.

—Oh, no, Lionel. Yo...

Él atajó la protesta de Thelma.

Dijo:

—He estado quince años en Alaska; desde los veinticuatro, Thelma. Y..., prácticamente solo. Una soledad espantosa la mía, no creas... Voluntaria, eso sí; soy un hombre de extraño tesón. Y ganaba dinero con mi actividad; ya sabes: cría de perros esquimales salvajes. He conseguido bastante dinero con eso. Dije fin a mi soledad, a los perros salvajes, a Alaska..., a todo eso. Fin, sí. Y..., también lo sabes, decidí casarme. Aún soy joven y tengo un poco de dinero, y...

—Pero, Lionel, ¿a qué viene todo esto?

—Creo sinceramente que te he molestado demasiado, Thelma. Eso es sencillamente. Pensarás que soy un bruto, sí, estoy seguro... En cierto modo, tienes razón, pero yo..., lejos de la civilización, solo, sin ver mujeres... De pronto, estoy ante ti; eres mi esposa, y... ¿Comprendes, Thelma? He dejado que vencieran los instintos. Eres tan hermosa...

—Y no precisamente una niña, Lionel... —sonrió ella—. Tengo veintiocho años. Cuando me casé contigo, sabía lo que iba a ocurrir.

—Bien...

—Por tanto, todo está bien, Lionel. Todo. De verdad.

Él acariciaba la espalda de Thelma.

—Gracias... Eres muy comprensiva —musitó—. ¿Sabes?, no estaba muy seguro del éxito de esa computadora...

Y rieron ambos.

Thelma meneaba la cabeza.

—Yo tenía un presentimiento, Lionel —dijo—. Pensé que los hombres, y las mujeres, claro, nos equivocamos siempre, o casi siempre. Tenemos exceso de sentimientos, y no todos positivos; Somos capaces de odio, de rencor, de mentir, de traicionar... Las computadoras, no. Las máquinas no mienten, Lionel. La máquina dijo que tú para mí, y yo para ti. Pienso que hemos tenido suerte. ¿No crees?

—Yo me siento muy feliz, Thelma, sí... Recomendaría la agencia matrimonial a mis amigos..., si los tuviera —gruñó.

—Estoy de acuerdo contigo... —musitó Thelma—. Bastaron cinco días para conocernos, y decidir que nuestro matrimonio podía ser el éxito que indicaba la computadora. Y ya... diez días de luna

de miel. Lionel: ¿has olvidado que esta noche es la última de nuestra estancia en San Francisco? Hemos de regresar a Seattle, y... empezar nuestra vida...

—No lo olvido, Thelma. Aparte de amarte, me he dedicado a pensar sobre el futuro, y tengo varios planes en cartera. Pero creo que será mejor que lo dejemos para otro momento; estás muy cansada, Thelma.

—Oh, por mí, no lo hagas...

—Por favor. A descansar.

—Espera, espera, Lionel... Yo también he pensado un poco. Sabes que trabajaba en unas oficinas de...

—Sí, sí; olvida eso. ¿No te despediste?

—Bien..., lo hice, pero...

—¿Entonces? Olvídalo, Thelma. Mientras tú te cambias, yo iré a tomar una ducha. Luego lo harás tú. ¿Bien?

—Lo que tú digas, Lionel.

Lionel, entonces, el solitario de Alaska, que durante quince años había convivido casi exclusivamente con los perros salvajes esquimales, besó a su esposa en los labios; realizó un tremendo esfuerzo para abreviar el beso. Sí, Thelma parecía bastante cansada... Y uno debe empezar a hacer bien las cosas; en el matrimonio, por ejemplo, respetar a la esposa; es una de las bases.

Y feliz, Lionel Thomas fue a desnudarse, y envuelto con la toalla se metió en el cuarto de baño, anexo al dormitorio.

Silbaba.

Era feliz.

Encendió la luz, y estaba cerrando la puerta, cuando ocurrió.

Fue un brazo fuerte, duro; le rodeó el cuello. De aquella presa, tal vez Lionel hubiera podido salvarse; era un hombre fuerte; muy fuerte. No obstante, la presa sólo perseguía sorprenderle, inmovilizarle, durante unos segundos; el tiempo justo para que la diestra del agresor, armada con un largo y agudo estilete, actuase.

Fue un golpe, preciso.

Uno solo.

Y tras un tétrico rasgar de carne, la hoja del estilete se empotró en el corazón de Lionel Thomas, quien murió instantáneamente, quedando en brazos del asesino, quien, sin más, se situó de forma que pudiera arrastrarlo tomándolo por las axilas.

Cuando se dirigía con el cadáver hacia el dormitorio, el asesino vio a Thelma Thomas... Ya viuda. Ella estaba junto a la puerta, y, silenciosa, observaba al asesino y a Lionel. El asesino, sin despegar aún los labios, pasó al dormitorio arrastrando el cadáver, y Thelma apagó la luz del cuarto de baño, para reunirse luego con aquel hombre.

El asesino había arrastrado el cadáver casi junto al tocador. Lo dejó de modo que, tras sentarse en el taburete forrado de piel, pudiera ver perfectamente su rostro.

—¿Alguien te ha visto entrar, Max? —musitó Thelma.

—No. Y con la copia de la llave que me entregaste, todo ha salido perfectamente. Veremos lo demás... Y..., bien, no quiero precipitar los acontecimientos, porque no pueden precipitarse, pero..., necesito empezar a actuar; la espera me estaba destrozando los nervios.

Thelma esbozó una rara sonrisa, y miró al muerto.

Hizo una mueca de asco.

—Tienes los nervios destrozados, ¿eh? —musitó—. Procura hacerte un poco a la idea de cómo me siento yo... ¡Qué diez días...! Creo que no los olvidaré, Max. Ese hombre...

—No perdamos tiempo, Thelma. ¿Maquillaje?

—Sí, ahí, en el primer cajón. No exageres la nota, Max. Ya sabes que por tu extraordinario parecido con Lionel Thomas, si intentas cargar la mano puede ser contraproducente.

—Siéntate, Thelma. Y ve observándome, mientras me caracterizo. Tú ejercerás de crítica. ¿De acuerdo?

—Sí, claro... ¿Pero el cadáver ha de estar a la vista...?

—Lo prefiero. Iré mirando su cara, y la mía. Luego..., lo demás, Thelma. Dime: ¿existe seguridad plena de que éste era el hombre ideal?

—Completa seguridad. En realidad, el azar que ha supuesto la aparición de ese hombre ha resuelto el problema, Max.

—Bien...

—Los últimos quince años de su vida los ha pasado en Alaska; cerca de Tanana, casi pegado al Círculo Polar Ártico. Vivía en soledad, dedicado a la cría de perros salvajes esquimales, que luego vendía. Pocos amigos; muy pocos. Y se despidió de ellos; una despedida definitiva. Lionel no tenía parientes en Estados Unidos, ni

en ningún lugar del mundo. Un tipo completamente solitario, que quería casarse, y vivir como una persona civilizada. ¿Bien?

—O sea: nadie reclamará. Nadie aparecerá para visitarle, ni tomará el menor interés por él.

—Exacto, Max. Vivía muy lejos de aquí, y, repito, como máximo dejó algún amigo esquimal.

Parece perfecto... —musitó Max Lombard, mientras se caracterizaba—. Un tipo sólo en el mundo, que llega a Seattle, quiere casarse, y se presenta en la agencia matrimonial.

—Eso es. Por otra parte, el azar da el segundo golpe a nuestro favor, con el extraordinario parecido entre tú y ese hombre. Tu sustitución no será notada por nadie. Nadie en la tierra sería capaz de buscarla. De ese modo, Max, tú dispondrás de una identidad segura en Estados Unidos. Podrás dedicar todo el tiempo que necesites a nuestra labor, sin el temor continuo a ser descubierto. Yo, insisto, estoy completamente convencida de la personalidad que acabas de adquirir: Lionel Thomas, recién llegado de Alaska, casado, que vivirá cerca de Seattle, que establecerá algún negocio... No existe ninguna razón por la cual alguien haya de meterse contigo. Eso era lo que querías, ¿no?

—Así es, Thelma... El asunto es delicado. La operación puede durar..., ¡yo no sé! Un mes, dos, tres... Tuvimos muy mala suerte, ¿no crees?

—Exacto: mala suerte. No hubo culpables entre nosotros.

—Habrá que trabajar duro, y..., en efecto, le veo muchas posibilidades a la personalidad que estoy adoptando. ¿Cómo va?

Thelma, en silencio durante unos instantes, estuvo observando alternativamente el rostro de Max Lombard, y el del muerto. Por fin, empezó a asentir con lentos movimientos de cabeza.

—Bien, Max —dijo—. Sólo que tu cabello es un poco más oscuro. No habrá problema, sin embargo; yo misma te prepararé una mezcla oxigenada, con la fuerza justa para lograr el color.

—Excelente —sonrió Max.

—De acuerdo.

Siguieron trabajando; durante media hora, apenas cambiaron unas palabras. Por fin, Max se puso en pie. Fue hacia el «closet», y Thelma comprendió. Se volvió de espaldas, y encendió un cigarro mientras que Max se desnudaba, para, a continuación, cambiarse de

ropas. Se vistió con un traje oscuro, bien cortado, de Lionel Thomas, y el suyo lo dejó en el sitio que había ocupado el de Lionel.

Poco después, sonreía, mirando de frente a Thelma.

—Sorprendente... —musitó Thelma.

—Bien..., creo que ha llegado el peor momento, Thelma: hay que deshacerse de este cadáver.

—¿Has pensado cómo?

—Sí, sí, desde luego...

—¿Tengo que ayudarte?

Max Lombard esbozó una leve sonrisa, con una pizca de ironía.

—Mejor que no, Thelma. En realidad, incluso será mejor que ignores lo que voy a hacer. Por tanto, dedícate a cambiarte, y báñate o toma una ducha, o, simplemente, espera aquí, en este cuarto, tomando un «*whisky*». Yo me encargo de Lionel Thomas.

—Pero... ¿cómo, Max?

—He visto que en el edificio existe incinerador.

Thelma pestañeó.

—Sí, claro... —musitó.

—No necesito más —dijo Max.

Thelma palideció un poco.

Miraba a Max Lombard cuando éste se quitó la chaqueta y se acercaba al cadáver.

—Max..., ¿estás seguro de que esto es lo mejor? —musitó Thelma.

—Es lo indicado en este caso, Thelma. El cadáver de este hombre desaparecerá para siempre; no hay que correr el menor riesgo de que se encuentre de él ni una uña. ¿Comprendido? Pero..., olvida lo que va a ocurrir ante la boca del incinerador, Thelma... A lo tuyo.

Thelma se mordió el labio inferior.

Max Lombard la miraba con fijeza.

—¿Se te ocurre alguna objeción con sentido? —inquirió.

—No... No, no. Tú verás, Max.

—Dime: hay dos porteros en el edificio, que se turnan. ¿Alguno de ellos os conoce mejor, o...?

—No. No temas por eso, Max. Además de que muy bien podrías engañarle, cuentas con grandes facilidades. Por ejemplo, la costumbre de Lionel de besarme a todas horas, en cualquier

momento, en no importa qué lugar... O sea: puedes ir besándome cuando nos vayamos, mañana, y pasemos por delante del portero del día, Elmer.

—Excelente —sonrió Max.

Y empezó a arrastrar el cadáver.

Thelma, a solas en su cuarto, cerró los ojos; sólo pensar en lo que estaría ocurriendo en la cocina, en su boca de incinerador común del edificio, sentía unas tremendas náuseas.

Eran las diez de la mañana cuando Elmer acababa de ver salir a la pareja en luna de miel; dejaban vacante el apartamento; se iban con su felicidad a otro sitio. Y aquel tipo, el señor Thomas... demonios, ¿era incansable? Total, desaparecieron. Y Elmer estaba pensando en ellos, en sus cosas, cuando dos muchachos vestidos con monos, fumando, con sendas cajas de herramientas, hicieron su aparición.

Elmer, al verles, frunció el ceño.

—Vaya..., me alegro de veros, gandules. Hace ya veinticuatro horas que avisé por teléfono a la compañía.

—Tranquilo, Elmer... ¿Has visto a esa pareja? —inquirió un pelirrojo muy seco, de expresión muy viva.

—Claro que sí... Pero vosotros a lo vuestro.

—Cálmese, Elmer —protestó el pelirrojo—. Yo me estaba preguntando si la luna de miel es en verdad tan importante. Y..., lo que pasa es que en público no se puede hablar de ciertas cosas, ¿eh, Nick?

Nick se encogió de hombros.

—Aquí no hay más público que Elmer —dijo—. Y yo voy a decirte algo, Dave: eso de la luna de miel es un cuento. Yo..., en fin..., he tenido la suerte de disfrutar de algunas, ¿comprendes? Y si lo que quieres saber es si la luna de miel influye en que uno ame a una chica para siempre, te daré mi respuesta: no.

Dave se rascó el rojo cabello.

—Y sin embargo, ves a esa pareja, y...

Nick, puso expresión irónica.

—No te dejes convencer, Dave, te lo digo yo —gruñó Nick—. Ellas al principio, son todo miel. Luego..., vinagre; auténtico vinagre. Eso sí: para ser justos, no voy a culparlas exclusivamente a ellas de su metamorfosis.

—Total: que no me case —dijo Dave.

—Eso.

Elmer, frunció el ceño, intervino.

—Y trabajar, ¿cuándo? —inquirió.

—¿Qué es lo que ocurre, Elmer? —inquirió Nick.

—Ese maldito incinerador: hace veinticuatro horas que no funciona. Ved a ver qué es lo que sucede.

—Está bien. Andando, Dave.

Parecían fantasmas. En especial, el desdichado Elmer, que no sabía si a causa del tremendo vuelco sufrido por su estómago, éste se había albergado en el cerebro; o el cerebro en el corazón y el corazón en el estómago...

Sólo sabía que estaba sometido a unos espantosos y locos saltos de sus vísceras. Las náuseas le habían agotado; estaba sudoroso, frío, con terrible dolor de cabeza...

Frente a él, dos hombres estaban también pálidos, impresionados, pero habían soportado mejor aquella horrible visión; aquella espeluznante carnicería.

Uno de los hombres dijo:

—¿Se siente mejor, Elmer? Sería preferible no perder tiempo, ya que tengo entendido que la pareja salió de aquí a las diez. Es decir, hace dos horas y media... ¿Podría contestar a nuestras preguntas? ¿Puede decirnos si el muerto es realmente Lionel Thomas?

Elmer negaba con movimientos de cabeza.

El inspector Herrick, y el agente especial Farloch, ambos afectos a la Delegación del

F. B. I.

en San Francisco, cambiaron una mirada. Farloch meneaba la cabeza.

—Está muy impresionado, señor —musitó.

—Sí...

—Esperen, esperen... —susurró Elmer—. Yo..., quiero decirles que no estoy seguro de que el muerto sea Lionel Thomas. El que salió con la señora Thomas era también él... No sé... Oh, Dios mío... Estoy muy confuso. No puedo asegurar la identidad de ninguno de los dos hombres; ni la del muerto, ni la del hombre que salió con esa mujer. Uno de los dos es Lionel Thomas, pero...

—Está bien, lo resolveremos en Laboratorios —dijo el inspector Herrick—. Pero si usted pudiera examinar el cadáver, y...

Elmer se desmayó.

La sola idea dejó su cerebro sin riego sanguíneo.

Quedó tirado en la silla, contemplado sombríamente por los dos hombres del

F. B. I.

El inspector, por fin, miró a Farloch.

—Hay que empezar a trabajar inmediatamente —dijo—. Primero, identificar el cadáver sin lugar a dudas. Luego... Ya veremos.

## CAPÍTULO II

EL lugar era pintoresco, con mucho colorido; una calle empinada, Thorndyke Avenue; cuanto más empinada, lógicamente más vista había hacia su desembocadura, en plena Elliott Bay, la bahía de Seattle, donde cientos de buques, de diversas nacionalidades, tamaños, y colores, contrastaban con el color azul denso del agua.

Era el 480 de Thorndyke Avenue. Una planta baja, con cristalerías de vidrio traslúcido, y sin ningún rótulo. Allí, en torno, había mucho ambiente; era una calle turística, con muchos recuerdos indios; toda clase de abalorios en venta; estatuas de indios; anuncios también con indios pregonando las excelencias de tal o cual tabaco, o tal bebida.

En la avenida, el ruido del tránsito era mareante; todo en sentido único, hacia el mar.

El hombre había empujado una puerta, y penetró en el local. No era grande, pero sí alegre; su poco mobiliario era funcional. Había unos sillones, una mesita con dos ceniceros; todo solitario. Una ventanilla a mano derecha, y una puerta al fondo.

Tras unos instantes de vacilación, el hombre iba a dirigirse hacia la ventanilla, pero en aquel momento se abrió la puerta, y apareció una criatura sonriente, rubia, con ojos de un azul radiante, alegre; una criatura que caminaba con auténtica gracia. Quizás era un poco delgadita, pero aquello podía solucionarse fácilmente... Vestía una sola pieza, de pantalón, muy acampanado por los bajos, y suéter; color azul cielo; zapatos de punta roma, y ancho tacón; sin más joyas que su mirada, que ella misma.

—Agencia matrimonial «Cupido» a su servicio, señor —dijo la joven—. ¿Puedo serle útil?

El hombre la observó, la estudió, tuvo vacilaciones...

—Estoy adivinando lo que piensa, señor... —musitó, suavemente, la joven.

—¿De veras? —Gruñó el tipo.

—Pues sí... Usted piensa que soy demasiado joven para andar haciendo de casamentera. O quizás alguna grosería peor. ¿Me he equivocado?

El hombre sonrió de pronto.

Y ella pestañeó.

Oh... ¡Oh! Ella jamás había visto a un hombre sonreír de aquella manera... Ella jamás había visto una sonrisa tan viril, agradable, con tan espontáneo buen humor. Y el tipo, que poco antes parecía un monstruo hostil, había cobrado una apariencia de deportista juvenil que acaba de batir una marca.

—Lamentablemente, no del todo... —dijo el hombre—. Y digo que es lamentable, porque hay cosas que no se perdonan fácilmente.

Ella también sonrió. Y dijo:

—De acuerdo; puesto que me pide perdón, no le guardaré rencor, señor. Y ahora, deshagamos el equívoco. No soy *miss* Houghton, como usted habrá pensado; es decir, no soy la directora de la agencia. Me llamo Iris Hazell, y, usted lo habrá comprendido, sólo soy una empleada. Aclarado esto, repito mi pregunta: ¿puedo serle útil en algo?

—Precisamente, *miss* Houghton es mi objetivo. ¿Es posible verla ahora mismo? Me llamo Angus Bogart; perteneciente al

F. B. I.

Iris cerró los ojos.

Angus Bogart la miraba, un tanto perplejo.

—Evidentemente, usted no es de los que necesita de los servicios de una computadora para encontrar novia, señor Bogart... Antes de oír su aclaración, me sentía muy desconcertada..., e incluso decepcionada, lo confieso. Sígame, por favor.

Ella mostraba la puerta por la que había aparecido momentos antes. Y echó a andar. Angus Bogart se retrasó un poco, y, con una ceja en forma de acento circunflejo se preguntaba qué diablos iba a hacer él con una chica de veinte años... Como hija, resultaba un poco embarazosa; como otra cosa... Como muñeca, por ejemplo. Pero, de nuevo; ¿qué hacía él con una muñeca, a su edad?

Ella se había vuelto, y le miraba.

—Siéntese, señor Bogart. Es un instante.

Angus asintió con un movimiento de cabeza, y se sentó en un sillón, en una antesala donde, por lo visto. Iris Hazell tenía su trabajo; unos archivos, una máquina de escribir, un armario para sus efectos personales. La decoración era clara, agradable, moderna. En cuanto a Iris, se había metido en la estancia en cuya puerta un letrero indicaba: «*Miss Houghton, Privé*».

Se estaba haciendo una composición de lugar, cuando se abrió la puerta, y la carita de la muñeca hizo su aparición.

—Por favor, señor Bogart...

Se puso en pie. Iris mantenía la puerta abierta, y el hombre del F. B. I., penetró en aquel bonito despacho; amplio, cómodo, alegre... De todo aquello, lo que más le molestaba era la increíble cursilería: «Cupido» Agencia Matrimonial... Y lo que menos le molestaba era Iris, y *miss Houghton*, ciertamente.

*Miss Houghton*, unos diez o doce años mayor que Iris, y siendo otra clase de belleza, resultaba, con su sonrisa, con su rostro ovalado, con sus ojos negríssimos, enormes, una auténtica representación de Cupido.

—Siéntese, señor Bogart, se lo ruego —dijo *miss Houghton*—. Puedes retirarte Iris.

Iris, en silencio, se alejaba; cuando se cerró la puerta, *miss Houghton* abrió una caja de cigarrillos, y le ofreció a Angus Bogart, que aceptó. Encendieron ambos, y *miss Houghton* inquirió.

—¿Está seguro de que me busca a mí, señor Bogart?

—No se inquiete... Le explicaré las razones, *miss Houghton*.

—Bien... Mi agencia está perfectamente legalizada, y...

—No lo dudo. Por favor, no se precipite. Se trata de unos clientes de su agencia; en particular, uno de ellos, Thelma Bretten, era amiga personal de usted. ¿O me han informado mal?

Helen Houghton parecía muy sorprendida; se habían redondeado sus ojos.

—¿Le ha ocurrido algo a Thelma? —susurró.

—Debo interpretar sus palabras como una respuesta afirmativa, *miss Houghton*.

—Sí, sí... Thelma y yo somos buenas amigas, aunque, últimamente, no nos veíamos mucho... Oh, por favor, responda: ¿le ha sucedido algo?

—Parece estar complicada en un asesinato —dijo Angus.

Helen estaba pálida, se mordía el labio inferior.

Luego comenzó a menear negativamente la cabeza.

—Oh, no... No es posible, señor Bogart... Ustedes tienen que estar equivocados... Y le explicaré por qué afirmo eso: Thelma se casó hace exactamente... deje que vea... —Miró su taco de sobremesa—, hace catorce días. Salió de viaje, luna de miel, claro, con su esposo, el señor Thomas. Oh, me resisto a creerlo... Ambos deben estar aún disfrutando su luna de miel, muy ajenos a...

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a Thelma?

—Pues..., algunos años; siete u ocho.

—¿Ambas habían trabajado juntas?

—No exactamente. Sí en la misma compañía. Líneas Aéreas «Delta», de pasajeros, comercial..., En fin, una compañía mixta. Yo era azafata de vuelo, y Thelma trabajaba en las oficinas comerciales. Hace año y medio, aproximadamente, dejé mi empleo para establecerme con este negocio. Thelma seguía trabajando en las oficinas. Pero diga... ¿quiere saber también cosas de mí, o sólo le interesa Thelma?

—Me interesa Thelma y Lionel Thomas. Oh... —sonrió levemente—, olvidé decirle que la víctima de ese asesinato es Lionel Thomas, *miss* Houghton.

A juzgar por su actitud, *miss* Helen Houghton no comprendía absolutamente nada. Su desconcierto era total.

—No sé si entiendo... Thelma se casó con ese hombre hace catorce días, y...

—Y hace tres días que fue asesinado Lionel Thomas, en el apartamento que éste ocupaba con Thelma, en San Francisco. Se sabe que ha intervenido un cómplice. Alguien que en estos momentos usurpa la personalidad del señor Lionel Thomas. Esto, naturalmente, se presta a un millón de teorías, pero sólo le haré unas preguntas, *miss* Houghton. Primero, relativas a Thelma Bretten, y luego a Lionel Thomas.

—Bien... Procuraré serle útil, señor Bogart. Y le ruego que disculpe mi aturdimiento...

—No se preocupe; lo comprendo, *miss* Houghton. Diga: ¿por qué *miss* Thelma, que es una mujer joven y hermosa, eligió la agencia para buscar el marido ideal?

—Oh... Creo que por una vez estoy contra la computadora, y contra Thelma... Yo me resistía a aceptar su petición, señor Bogart, pero insistió tanto... Dijo que, entre otras cosas, le divertía mi negocio; que... me sometía a algo así como a un «test»... Yo pienso que me gastaba una broma con su inscripción en mis tarjetas... Lo he pensado siempre: que me gastaba una broma. No obstante, cuando se presentó el señor Thomas, y su tarjeta perforada tenía el complemento de la de Thelma yo también pensé participar en la broma, y se lo dije a Thelma.

—Y ocurrió que usted les presentó, y...

—Sí, sí... Algo increíble. Se conocieron, y a los cinco días me daban la noticia explosiva: se habían casado... Me arrepentí mucho de haber participado en la broma...

—¿Por qué razón?

—No sé... Quizás porque yo creía que a Thelma le interesaba un hombre un poco más... civilizado que el señor Thomas... ¿Cómo explicárselo? La computadora decía sí, pero yo decía..., no sé, supongo que de no tratarse de Thelma, íntima amiga, yo no hubiese tenido nada que objetar.

—De acuerdo. Thelma bromeaba, pero se casó con el señor Thomas. Y éste ha sido asesinado con la complicidad de Thelma, lo cual nos hace sospechar que el señor Thomas fue una víctima elegida; fue el hombre que interesaba a Thelma, para conseguir algo. Pregunto: ¿usted tenía noticias de algún novio de Thelma, de algún hombre de su vida?

—No.

—Reflexione la respuesta, *miss* Houghton. No olvide que Thelma, en estos momentos, está con un hombre que ha usurpado la personalidad del asesinado Thomas. Thelma está con un hombre que es asesino o cómplice de tal asesinato, en la persona de Lionel Thomas. Reflexione: ¿está segura de que Thelma no tenía relaciones con algún otro hombre?

—Debo decir ahora que lo ignoro, señor Bogart. Comprendo que mi respuesta tajantemente negativa es absurda. Parece que... tiene que existir ese hombre. Yo lo ignoraba... —murmuró Helen

Houghton—. Lo siento. Pero, además, no lo comprendo. Si Thelma amaba a ese hombre, ¿por qué no se casó con él? ¿Por qué casarse con el pobre señor Thomas, y asesinarle luego?

—Debe existir un importante motivo, *miss* Houghton. Por ejemplo... Hablemos de Lionel Thomas ahora: ¿Tenía mucho dinero?

—Oh..., el motivo pudo ser que Thelma, aun queriendo a otro hombre, se casó con el señor Thomas, por el dinero de éste, planeando su asesinato, y conseguir ese dinero...

—Puede ser un buen motivo, si la fortuna de *míster* Thomas lo justifica —dijo, con leve sonrisa, el hombre del F. B. I.

—Pues... —Helen negaba con movimientos de cabeza—. No sabría ser exacta al respecto, pero dudo de que el señor Thomas fuese rico... Pero no me haga caso; supongo que las suposiciones no cuentan.

—No, en efecto. Diga: ¿el señor Thomas no dio sus datos económicos a la computadora?

—Muchas personas mienten al respecto.

—Ya... Y de ahí la computadora comete errores.

—A veces, sí. Yo no soy culpable, y la máquina tampoco. Según los datos que el señor Thomas dio a la computadora, su capital era de ochenta mil dólares. No sé si justifica ese crimen... Por cierto, no he visto nada en los periódicos al respecto...

—Ha sido demasiado macabro, *miss* Houghton.

—¿Qué quiere decir?

—Lo siento; no entraré en detalles. Y, de acuerdo con usted: ese dinero, ochenta mil dólares, no justifica el crimen del señor Thomas. Por tanto, habrá que seguir buscando motivos. Otra pregunta: ¿tiene idea de si Thelma puede estar oculta en algún lugar determinado? ¿Usted conoce a familiares o amigos de Thelma que...?

—Creo que pensaban realizar un largo viaje de novios, y luego meditarían sobre su futuro...

—Nada concreto.

—Nada... —suspiró *miss* Houghton—. No sé... Si es cierto todo eso del crimen, han debido huir... Aún no puedo creerlo, señor Bogart...

—La salida del país no les resultará fácil.

—Comprendo... Ustedes han tomado sus medidas.

—Así es. Puntualicemos, entonces. Usted no conocía al hombre auténtico en la vida de Thelma.

—No...

—Asimismo, no puede informarnos sobre el paradero actual de Thelma.

—Lo siento, pero no... No piense que le oculto algo. Yo...

—No, no. Es lógico que Thelma ocultase sus planes... No es tan lógico, sin embargo, que a usted no le hablase de ese hombre en su vida, pero... Parece evidente que el verdadero amor de Thelma no es algo que pueda mostrarse a la luz del día...

—¿Ha preguntado en las oficinas de la «Delta», señor Bogart?

—Sí, desde luego... Fue allí, precisamente, donde me hablaron de usted, *miss* Houghton.

—Oh, entiendo... Y ellos estarán ocultos, en cualquier...

—Tal vez no, *miss* Houghton. ELLOS NO SABEN QUE SU CRIMEN ESTA DESCUBIERTO. El hallazgo del... cadáver, no ha sido publicado. Thelma y ese hombre que en estos momentos se hace pasar por Lionel Thomas, ignoran que les estamos buscando. Eso, no cabe duda, con un poco de suerte puede redundar en nuestra mejor arma para capturarles. De todos modos, creo que ya la he molestado bastante, *miss* Houghton. Yo..., pienso que no es descabellado pensar que Thelma pueda llamarla por teléfono, o visitarla. Sólo me resta recordarle a usted que está obligada a comunicar al

F. B. I.,

si esto ocurriese.

Helen Houghton asentía con movimientos de cabeza.

—Lo haría... Claro que sí, señor Bogart, aunque..., lo siento. Algo ha debido ocurrirle a Thelma, para... Dios mío, no sé...

—Tranquilícese. Tal vez le he hablado con demasiada brusquedad de todo esto...

—No, no... La noticia en sí, dicha de no importa qué manera, me afecta, señor Bogart... Era... una buena amistad... Aun así, repito: si Thelma me llama por teléfono, me escribe, o me visita, ustedes lo sabrán inmediatamente.

—Muy amable, *miss* Houghton. Tal vez tengamos ocasión de

vernos de nuevo.

Helen consiguió una sonrisa.

El hombre del

F. B. I.,

tras estrecharle la mano, salió de aquel despacho. Vio a Iris, de espaldas; ella estaba escribiendo algo en unas fichas. Se acercó, y quedó junto a ella, tocando los bordes de la mesita metálica. Iris había alzado la mirada, y sus radiantes ojos azules parecían preguntar algo.

Angus, por su parte, parecía reflexionar.

—¿Conoció a Thelma, *miss* Hazell? —inquirió Angus, por fin.

—La vi aquí dos o tres veces.

—¿No después de la boda?

—Oh, no. Después, no.

—¿Llegó a conocerla a fondo?

—En absoluto.

—¿Qué sabe del señor Lionel Thomas?

—Que se casó con Thelma Bretten.

—¿Sólo eso?

Iris encogió los hombros.

—Sólo, señor Bogart —dijo—. La gente que se presenta aquí es... curiosa sí. Extraña. Pero no despierta en mí más que eso: un poco de curiosidad, y... otro tanto de lástima. En fin, cosas más. Oh, pero..., ¿me está interrogando oficialmente?

—No, no... —sonrió Angus—. Yo también siento curiosidad. Anote, *miss* Hazell, por favor: Angus Bogart, treinta y tres años, soltero; agente del

F. B. I.,

con una buena «hoja» de servicio. Trece mil quinientos dólares al año, un apartamento en Ridgeway, con vistas a Lake Washington, y a Lake Washington Park. Esto..., un pisito, vaya. Sólo un dormitorio, pero hace fresquito en verano, y se está bien en invierno. Puede preguntarle también a la máquina qué demonios puedo hacer yo con una muñeca.

Iris Hazell estaba sonriendo.

Había pestañeado alguna vez; sólo eso.

—No ha anotado nada —gruñó Angus.

—Tengo una magnífica memoria, señor Bogart... pero diga, ¿qué

significa eso de la muñeca? ¿Usted tiene una muñeca?

—Ajá...

—Pero... Oh, se está burlando de mí... ¡Un agente del

F. B. I.,

que juega con muñecas...!

—No he dicho eso, *miss* Hazell. En realidad, observe: le pregunto a la computadora qué puedo hacer yo con una muñeca.

—Vaya. ¿Es bonita?

—¿Bonita? No sé... Digamos que es una muñeca.

—¿Eso lo explica todo? —inquirió Iris.

—Yo creo que sí. Una muñeca es..., algo delicioso, con mucha gracia. Un juguetito grato, que siempre se trata bien... Volveré en cualquier oportunidad, para conocer la respuesta de la máquina, *miss* Hazell.

—Yo..., entiendo un poco de muñecas, señor Bogart.

—Es posible. Pero yo no. No demasiado, a menos.

—Necesitaré los datos de la muñeca, señor Bogart.

—Ya... Bueno, es una muñeca rubia, con los ojos azules.

—¿Y no hay más?

—De momento, no.

Iris suspiró.

—Señor Bogart..., vuelva pronto —dijo—. Y podré darle la respuesta de la máquina sobre su muñeca.

Y sonreían ambos.

Una sonrisa leve, divertida, pero con cierta profundidad en las pupilas de ambos.

Poco más tarde, Angus Bogart estaba en la calle sin vestigios de sonrisa; más bien sombrío, ante el evidente fracaso; ante el vacío en que se encontraba. Thelma y su acompañante ignoraban que su crimen estaba descubierto, sí. ¿Pero dónde demonios se habrían metido?

## CAPÍTULO III

**E**N su despacho de la Delegación del

F. B. I.,

en Seattle, el inspector-jefe Kisser se estaba mesando el corto y espeso cabello cano. Ante él fumando, con la frente arrugada, estaba Angus Bogart, cuya oscura mirada estaba velada por el humo del cigarrillo. Angus, tras la pausa silenciosa dijo:

—De momento, sólo podemos afirmar que el crimen estaba preparado; previsto, para ser aún más exacto. Thelma, y ese hombre estaban esperando la aparición de alguien que representara a la perfección el papel de víctima. Según consta en nuestros datos, remitidos por la Delegación de San Francisco, el portero del edificio de apartamentos no sabía asegurar si Lionel Thomas era el hombre muerto, o el que salió con Thelma. Ello indica que Thelma y el asesino estaban esperando a alguien que se pareciera lo suficiente a éste, para usurpar su personalidad. Es obvio que el hombre que estamos buscando tiene cuentas pendientes con la Ley. De otro modo, ¿por qué buscar una falsa identidad? ¿Por qué ocultarse?

—Sí, todo eso es cierto, Angus: el crimen, al parecer, sólo servía para proporcionar una identidad sólida a un hombre; buscado por la Ley, o..., ¡quién sabe!, que esté en el país clandestinamente.

Angus asentía con la cabeza.

—También, claro... Lionel Thomas, era sin duda, el hombre que necesitaban. Por eso Thelma acudió a la agencia matrimonial; allí podría encontrar lo que necesitaba. Y tuvo suerte..., lo cual es un decir. Lionel Thomas vivía en Alaska, en solitario; sólo con perros... Nadie le hubiese reclamado jamás.

—Eso parece, Angus. Imagine que el incinerador hubiese funcionado... —musitó el inspector.

—Habría —murmuró sido el crimen perfecto, señor.

—Hay que admitirlo así, en efecto.

—Ahora, pasando al terreno práctico, quisiera pedirle algo, señor.

El inspector Kisser interrogaba a Angus con la mirada.

Angus aún vacilaba, pero lo dijo.

—Ha fallado la sorpresa, ¿no es así?

—Creo que sí... Hasta ahora, por lo menos. Esperábamos más facilidades, puesto que ni Thelma ni el hombre que se hace llamar Thomas han aparecido. Bien: ha fallado la sorpresa. Sigue Angus.

—Pienso que estamos perdiendo mucho tiempo, señor. Yo, publicaría lo ocurrido, ocultando los detalles del crimen, eso sí. Pero haría pública, y con la colaboración de todos cuantos tengan algo que ver con la Ley, la búsqueda de Thelma y su acompañante. Pueden estar en cualquier rincón ignorado... Podemos radiar boletines con esa información; dar la noticia a los periódicos, e incluso publicar la fotografía de Thelma.

—¿Y del hombre que está con ella? Se parece a Thomas.

Angus se encogió de hombros.

—¿Para qué? —Gruñó—. Está caracterizado, ¿no? Al saberse buscado, le bastará recobrar su aspecto normal. O si tanto se parece, se caracteriza para parecerse lo menos posible, y en paz. Basta con la fotografía de Thelma.

El inspector Kisser reflexionó unos instantes.

Luego, suspiró y dijo:

—Creo que será lo mejor... Vamos a movilizar todas nuestras fuerzas para localizar a esa pareja, Angus. Vamos a hacerlo, sí. Y..., he estado pensando más cosas.

—¿Por ejemplo, señor?

—Thelma trabajaba en las oficinas comerciales de la compañía mixta de aviación «Delta», ¿no es así?

—Sí, en efecto.

—No hace mucho..., tres o cuatro semanas, un avión comercial de la «Delta» se perdió en el Pacífico Norte, a poca distancia de la costa. Un accidente, al parecer. El avión se hundió en el mar, y no ha sido hallado. Verdaderamente, vas a decir que es mucho sospechar, pero... Quiero datos, Angus. Datos concretos. La «Delta» podrá proporcionarnos exactamente los que necesitamos. Lista

completa de mercancías es casi lo más útil en este caso. Y no me preguntes que trato de encontrar, porque no lo sé. Pienso que ha de existir un motivo importante para ese crimen. Han esperado pacientemente, con toda frialdad, una víctima, Angus, no lo olvidemos.

—¿Y qué habrían hecho de no presentarse Lionel Thomas?

—Lo ignoro. Habrían empleado otros medios, supongo... Otros medios... ¿Te das cuenta? Otros medios, ¿para qué? —dijo el inspector—. Algo se traen entre manos.

—De acuerdo, señor. Mandaré a Chris Merton a la «Delta». Me ocuparé personalmente de redactar los boletines para la radio, y trasladar los informes y la fotografía de Thelma a los periódicos. Es lamentable tener que romper nuestro silencio, pero si nadie sabe que esa pareja está buscada por el

F. B. I.,

podríamos tardar años en dar con ellos.

—A trabajar entonces, Angus.

A las diez de la mañana del día siguiente, el inspector Kisser y los agentes especiales Angus Bogart y Chris Merton llegaban con un coche del Servicio a la estación marítima de Lincoln Park, de donde partía el «*ferry*» con destino a Vashon Heights, en Vashon Island, con final de trayecto en Harper. El punto de destino era Vashon Heights.

El coche pasó al «*ferry*», y los tres hombres ocuparon sus puestos, realizando un rápido viaje por la bahía, Puget Sound, surcada por toda clase de embarcaciones, en un tráfico denso, lleno de color, con la ciudad de Seattle visible en todo momento, desde distintos ángulos, sobre sus siete colinas.

En la estación marítima de Vashon Heights, los hombres del F. B. I.,

eran esperados por el capitán Neyland, de la policía estatal. Mientras esperaban que fuese desembarcado el auto, los tres hombres del

F. B. I.,

se reunieron con el capitán Neyland, que parecía bastante contrariado.

—¿Y bien, Neyland? —inquirió el inspector.

—Hemos llegado tarde, Kisser...

—Vaya... Bien, explícate.

—Supongo que ha sido a causa de los boletines radiados —dijo el capitán Neyland—. Debieron oírlo ayer por la tarde, o por la noche lo más tarde. Y han desaparecido. Pero está identificado sin lugar a dudas el lugar en que vivían desde su regreso de San Francisco. Alquilaron un pequeño «cottage» en Vashon Heights, concretamente en Tacoma Boulevard; es zona residencial, pero se aparta ya un poco de las grandes quintas. Un lugar agradable y discreto... Ahí tienen el coche. Cuando quiera, Kisser.

Kisser hizo una seña, Angus y Chris Merton fueron hacia el coche ocupando los asientos delanteros, con Chris Merton frente al volante. Detrás, se acomodaron el inspector Kisser y el capitán Neyland. Chris puso el coche en marcha, siguiendo las indicaciones del capitán.

Dieron una vuelta de circunvalación a la pequeña ciudad, separándose luego en dirección a la costa Norte.

—Tengo la casa vigilada discretamente, Kisser —dijo el capitán—. Quizás sólo han salido para cualquier cosa, y piensan regresar. Bien..., la verdad es que lo dudo, pero... he preferido tener a mis hombres cerca.

—Me parece acertado, Neyland —gruñó el inspector.

—No hemos tocado nada —dijo el capitán—. Prefiero que sean los servicios técnicos de ustedes quienes se ocupen de eso.

—Está bien. Cuando estemos sobre el terreno avisaremos por radio a la Delegación.

Poco después, el capitán indicaba:

—Aquella es la casa.

Chris hizo perder velocidad al coche, y lo estacionó en una calle, sólo asfaltada a medias. Allí terminaba la zona residencial, sin duda. Y empezaba el mar más bravío, con rocas en la costa.

Por lo demás, Tacoma Boulevard se extiende en arco, con grandes quintas, con excepcional colorido, frente a un mar muy azul.

La vigilancia establecida por el capitán Neyland era discreta, y sólo se hicieron visibles cuando se aproximaban ya al pequeño «cottage». El capitán recibió el «sin novedad», y penetraron en la casa.

Los hombres del

F. B. I.,

silenciosos, empezaron su examen, sin poner, las manos en cosa alguna. Realizaron una completa observación del «cottage», con un bonito comedor con hogar, dos dormitorios, baño y servicios. Lo más importante del jardín estaba detrás, era pequeño, descuidado. Tras la rutina del examen visual, los federales se reunieron en el salón.

—¿Y bien? —inquirió el inspector.

Angus sonreía levemente.

—Creo que todos nos hemos dado cuenta de un detalle que puede ser revelador, señor —dijo.

—¿A qué te refieres?

—A los dos dormitorios.

—Sí...

—Los dos han sido ocupados; en cada uno de ellos duerme una persona. Es decir: en mi opinión, los lazos que unen a Thelma con ese hombre no son afectivos. No existe el amor entre ellos; duermen separados, cada uno en su habitación. Por consiguiente, yo descartaría de una vez por todas la posibilidad del crimen pasional; de la colaboración de Thelma para ayudar al hombre al que ama. El motivo es otro. No les une el amor, y, además, ese hombre estaba inidentificado, ignorado, antes de lo sucedido en San Francisco.

El inspector asentía con movimientos de cabeza.

—Completamente de acuerdo, Angus. Chris: llama por radio a la Delegación, y solicita la presencia de los técnicos, aunque..., me temo que no obtengamos grandes resultados. Por lo demás, han huido sin precipitaciones, por lo que veo; todo está en orden... Han organizado su fuga no cabe duda. Veremos, sin embargo, si es posible obtener algo.

Chris fue a cumplir su cometido.

El inspector se acariciaba el recio mentón; observado por el capitán Neyland, y Angus.

—Sí... Thelma no ama a ese hombre; tal vez ni le conocía... Y colabora estrechamente con él; incluso cometiendo un crimen... —rezongaba el inspector.

En aquellos momentos, entró un agente, que anunció:

—Creo que alguien se acerca al «cottage».

Los hombres del  
F. B. I.,  
y Neyland respingaron.

—Dejad que llegue —ordenó el capitán—. Permaneced ocultos.  
El agente obedeció de inmediato.

En el salón, tras un cambio de miradas, cada uno supo lo que debía hacer, e instantes más tarde parecía que nadie hubiese en el «cottage». En efecto, un coche se había detenido casi frente a la entrada del «cottage». Del coche bajó un individuo grueso, de unos cincuenta años, vestido con un chaquetón de cuero, rostro tostado por el sol, una extraña gorra... El tipo se dirigió hacia la entrada, y apretó el zumbador.

Daba muestras de impaciencia.

Volvió a llamar.

Por fin, alguien abrió la puerta.

—Pasa —dijo Angus.

—Quiero ver al señor Thomas. Y dígle esto: no suelo tratar con gente de esa calaña. A las nueve le estaba esperando en el muelle, y mi tiempo vale dinero.

Angus observaba atentamente a aquel hombre. Por fin, en silencio, le mostró sus credenciales del

F. B. I.

El tipo abrió mucho los ojos, sin comprender.

—Pero..., ¿qué significa?

—Entre. Por ahí, al salón.

El hombre obedeció.

Estaba ya ante el inspector y el capitán Neyland. El tipo miró a Angus, como perdido en su confusión.

—Inspector Kisser, del

F. B. I.,

y el capitán Neyland —dijo Angus—. Le haremos algunas preguntas; sólo eso. ¿Nombre?

—Paul Bulwer... Dios mío, no creo haber hecho nada malo...

—Háblenos de Lionel Thomas.

—Bien...

—Un momento. ¿No oye la radio, no lee los periódicos?

—No siempre... Yo...

—Está bien. ¿Para qué busca a Lionel Thomas?

—Yo soy vendedor de motonaves, balandros, lanchas... Represento a «Ford & Langtry»...

El señor Thomas estaba en tratos conmigo para la adquisición de una motonave. Yo mismo le acompañé a nuestra exposición, y eligió una de diez yardas de eslora, por tres de manga. Es un nuevo modelo, de mucha autonomía, y gran potencia. Con ligeras modificaciones, es incluso apta para la pesca en alta mar. El precio es de cinco mil dólares. Cerramos verdaderamente el trato, y hoy, a las nueve, le estaba esperando en nuestra sección del muelle, a punto de botar la motonave. Está matriculada incluso... Tan sólo teníamos que firmar los contratos de compra-venta, y, claro, él debía pagar los cinco mil dólares. Ante su incomparecencia, yo..., sólo quería saber si ocurría algo...

Paul Bulwer se daba cuenta de estar sometido a un severo examen por parte de aquellos tres hombres, silenciosos en aquellos momentos.

—Pero..., ¿no me creen? —Casi gimió Bulwer.

—Sus documentos, por favor —pidió Angus.

—Oh, sí... Mi tarjeta de identidad, licencia de conducir... Aquí tienen... Los contratos relativos a la motonave los tengo en el auto... Iré a buscarlos si...

Angus examinó aquéllos brevemente, y cortó:

—No será necesario, señor Bulwer. Bien..., me temo que su operación queda fallada.

—Pero..., ¿el señor Thomas...?

—Ha desaparecido. Creemos que desistirá de realizar esa comprar, señor Bulwer. No obstante, si Thomas se presentara de nuevo, la obligación de usted es avisar inmediatamente al

F. B. I.

En todo caso, el capitán Neyland le atenderá por si fuese urgente.

—Sí, sí... Lo haría, por supuesto... No esperaba esto.

—Puede marcharse si lo desea, señor Bulwer. Pero..., antes, una pregunta: ¿comentó Thomas la aplicación de esa motora? ¿Pensaba dedicarse con ella a algo concreto?

—Pues no... No habló de eso... Le interesó la potencia, la autonomía...

—Ya... Es todo, señor Bulwer.

El hombre se marchó casi corriendo.

Angus encendió un cigarrillo, y dio unos paseos, reflexionando. Estaba detenido junto al teléfono. Se volvió, y miró al capitán Neyland.

—¿Se han registrado llamadas telefónicas? —inquirió.

—Sí. Varias.

—Será imposible saber su procedencia, supongo.

—Ahora, sí.

—Claro... Varias llamadas telefónicas, es extraño. Lo digo porque al parecer preferían estar aislados, y no tenían amigos. Concretamente, al usurpar la personalidad de Lionel Thomas, el asesino esperaba no tener que tratar con nadie, puesto que Thomas era un solitario... En fin, hemos perdido una importante baza... Y hemos conseguido otra: el falso Thomas y Thelma necesitan una motonave con la suficiente potencia y autonomía. Pienso que no desistirán de adquirirla si bien, como es lógico, no recurrirán a empresa alguna; más bien me inclino a creer que tratarán de efectuar una compra discreta. Incluso..., ¿por qué no?, una motonave de segunda mano.

—¿Y todo eso? —inquirió el inspector.

—Es simple: vamos a alertar a todas las patrullas de muelles, a agentes de la Ley en general, y..., es importante, a nuestros confidentes. Sabemos que necesitan una motonave. Sabemos ya algunas cosas sobre ellos, y vamos a acosarles. Me pondré a trabajar en eso inmediatamente, señor.

—De acuerdo... Regresa a Seattle. Yo espero a los técnicos.

—Nos veremos en la Delegación, señor.

El inspector se limitó a un gesto de despedida. Y Angus, tras despedirse también del capitán Neyland, fue hacia el auto del Servicio, mientras Chris se quedaba con el inspector, a la espera.

Mientras Angus conducía hacia la estación de «ferrys», pensaba que, aunque había algo inquietante en aquella pareja, de momento el

F. B. I.,

sólo tenía una base de acusación: crimen con mutilaciones... Por no decir despedazamiento...

## CAPÍTULO IV

AQUELLA tarde, en su despacho, el inspector Kissner asestó un manotazo a los papeles que tenía sobre la mesa, y rezongó:

—Esto no aporta nada nuevo ni interesante al caso... Ni la lista de mercancías del avión perdido, ni los resultados de Laboratorios, en cuanto a huellas, en el «cottage» de ese tipo... Lo único en lo que podemos tener una razonable seguridad, es que se encuentran en cualquier isla, en las inmediaciones de Seattle, o en la propia ciudad. Eso significa que podemos cogerles cualquier salida, con un poco de suerte. Y eso no es demasiado, a mi entender.

Chris Merton, un poco tímidamente, dijo:

—El avión procedía de

Hong-Hong...

—¿Y qué? —inquirió el inspector.

—Nada... Nada, señor. Hay... consignada una importante partida de capullos de gusanos de seda.

—¿De veras? ¿Se te ocurre algo al respecto? —Pues... claro está, no puede hablarse de mercancía clandestina puesto que la partida está legalmente registrada, y visada...

—Por supuesto que no es clandestina. Una importación de capullos de gusanos de seda, sí... Tú hablas de hace mil años, o más, cuando los chinos eran los exclusivos productores, y castigaban incluso con la pena de muerte a cualquiera que exportase esos capullos con crisálidas. Pero, como en todo, se producen infiltraciones, traiciones, y hoy, esa crisálida se desarrolla en muchos puntos del globo. Japón, por ejemplo. Incluso en Estados Unidos.

—Sí... Sí, claro... Es una partida de «Bombyx moril», el gusano genuino, señor...

—Demonios, Chris. ¿Qué tiene que ver el gusano de seda con un asesinato con mutilación criminal, y un hombre y una mujer que se ocultan, y tratan de adquirir una motonave? Pero, veamos, ¿quién es el titular de la mercancía?

—Un tal John Averbach.

—¿Actividades?

—Fabricante de corbatas de seda —suspiró Chris.

—¿Lo ves? Nada significativo en todo esto...

—¿Sí?

Acababan de llamar a la puerta del despacho. Apareció el agente especial Sullivan, que dijo:

—Alguien quiere verle, señor.

—¿De qué se trata?

—Un asunto un poco confuso...

—Está bien, está bien. Hazle entrar, Bob.

Bob Salivan desapareció, e instantes más tarde regresaba con un hombre, al que hizo entrar en el despacho del inspector. Un tipo curioso aquél; delgado, chupado, con barba rubia, y muy escaso de cabello en la cabeza... Vestido con ropas muy sólidas...

—Adelante. Siéntese —indicó el inspector.

El hombre se sentó; miró a todos los presentes, y dijo:

Me llamo Arthur Lytton, y me dedico a la investigación submarina. Hace un mes, salí con una expedición compuesta por cuatro hombres, dirigida por el profesor Wargrave. Destino: las islas Aleuthianas. Queríamos profundizar en sus fosas, sospechando que existen enormes profundidades, con composiciones que... Creo que los detalles técnicos de la expedición no hacen al caso. Nuestro equipo, aparte de ciertos aparatos medidores, y el buque transporte, constaba esencialmente de un batiscafo perfectamente pertrechado, que nos hubiese permitido alcanzar profundidades de dos mil pies, o más...

—¿Ha ocurrido algo con la expedición, señor Lytton? —inquirió el inspector.

—Sí... —El hombre se humedeció los labios—. Es... es horrible... Aún creo, estar viviendo una pesadilla... Creo que me salvé por estar en una aldea cuando ocurrieron los hechos...

—¿Algún naufragio del buque transporte, o...?

—Todos asesinados, inspector... ¡Todos! El profesor Wargrave, y

los otros dos compañeros... ¡Todos! Además, nos han robado el batiscafo... Me... me dejaron aislado, y tuve suerte por la proximidad de una aldea de indígenas...

Todos estaban mirando al barbudo Lytton en aquellos momentos, en silencio.

—He creído que debía dirigirme a ustedes... —Siguió Lytton—. Pasé seis días antes de poder desembarcar en el Almacén Naval de Nangor...

—Señor Lytton..., usted no vio a los asesinos.

—No... Estaba en la aldea...

—Por tanto, no puede ayudarnos en ese aspecto, en identificación.

—Lo lamento. Ya sé que para ustedes sería lo más importante, pero, repito, estaba ausente. Cuando regresé al lugar de la expedición, sólo estaba el buque transporte, y los... los cadáveres...

—¿Cuándo ocurrió exactamente?

—Hace nueve días.

—Ya... ¿Es fácil de manejar el batiscafo?

—Lo es, si se tienen algunos conocimientos sobre submarinos ya que, con las naturales diferencias, el batiscafo se basa en los principios de inmersión y emersión del submarino. Pero..., es increíble... No veo el objeto de asesinar a tres personas para conseguir un batiscafo, cuyas aplicaciones, realmente, no pueden ser más limitadas... Para nosotros sí era un instrumento muy útil, pero...

—Está bien, señor Lytton. Deje sus señas al agente de guardia, y quizás le necesitemos para hacerle más preguntas. En todo caso, estará al corriente de nuestros progresos en su caso.

Lytton se puso en pie.

—Agradecido, inspector. Creo que la confusión no me deja ver con claridad... Nuestra expedición no podía ser más pacífica, y no tan interesante como para justificar esos tres asesinatos...

Poco después, Lytton salía del despacho.

Los hombres del

F. B. I.,

encendieron cigarrillos.

Y Angus como si hablara consigo mismo, decía:

—Un avión de la «Delta» que se pierde... Una empleada de sus

oficinas se casa, comete un crimen, desaparece, y ayuda a alguien a ocultarse... Con cierta simultaneidad, son asesinados tres submarinistas, y les roban su batiscafo. Todos lo sabemos...: el batiscafo puede profundizar en el mar lo suficiente para descubrir cualquier cosa hundida en él. Tal vez sea demasiado atar cabos, pero...

—¿Ves relación, Angus? —inquirió el inspector.

—Puede existir, señor. El batiscafo, por ejemplo, es utilísimo para llegar hasta el avión hundido. De otra parte, ello supone que ese avión está localizado. Y no avisan a la «Delta»... Me pregunto por qué.

Angus miraba al inspector y a Chris.

Luego, dijo:

—Y puede que haya una respuesta a esa pregunta. Si el avión es hallado por la compañía, o las autoridades, o incluso la compañía de seguros, sería examinado, en busca de las causas del accidente. Sería, de momento, confiscado... Mercancía incluida, naturalmente. Y..., supongo que la mercancía puede ser la explicación de que traten de evitar que el avión sea hallado por las entidades antes mencionadas. Tal vez no les interesa el examen y confiscación de la mercancía.

Se hizo el silencio.

Empezaba a durar demasiado, cuando sonó el teléfono.

Lo tomó el inspector.

—Kisser al habla —dijo.

—Lemmy, inspector.

El inspector Kisser pulsó el mando que ampliaba la voz, de modo que sus agentes pudieran escuchar la conversación.

—Es una sorpresa, Lemmy... —decía el inspector—. ¿Te has metido en algún lío?

—Por culpa de ustedes. ¿O no me han pedido un favor esta mañana?

—Lemmy..., ¿acaso sabes de algún comprador de una motonave?

—Así es, inspector. Puede ser el que buscan, puede no serlo... Pero mi obligación como confidente es comunicarle a usted lo que sé, ¿no es así?

—No perdamos tiempo, Lemmy.

—Me gustaría verles personalmente.

—Comprendo... Si hablas por teléfono, crees que corres el riesgo de que no se compense este trabajo, —dijo el inspector Kisser.

Lemmy contestó.

—Lo ha dicho muy fino, inspector. ¿Le espero?

—Iremos a verte. ¿Estás en tu casa?

—En este momento, no. Pero les aguardo allí.

—De acuerdo, Lemmy.

Y cortaron la comunicación.

El inspector Kisser miró a Angus, y dijo:

—En marcha, Angus. Ya conoce a Lemmy.

—Sí, señor.

La impresión de Angus, era la de que iba de pocilga en pocilga. Primero, la casa, auténtico eufemismo, de Lemmy, el tipo que sabía abrir los ojos cuando le convenía al

F. B. I.

Lemmy había hablado lo suficiente para interesar a Angus, y ambos, en el coche del hombre del

F. B. I.,

se habían dirigido hacia la parte más intrincada del barrio portuario de Seattle, donde había más ratas que personas; donde las luces eran escasas, donde encontrar marinos borrachos era tan natural como encontrar arena en la playa; donde abundaban los tugurios misteriosos, aunque lo del misterio se desvelaba rápidamente: una mujer que cobraba, al final de todo.

—Vive ahí, en el 12 de Lee Street; aquél es el número 91, donde suelen anidar los sapos como Sammy —dijo Lemmy.

La visión de conjunto entre el muelle 91 y la calle de Lee no mejoraba el aspecto de las cosas, ciertamente.

Angus detuvo el coche, lo dejó a medias sobre una estrecha acera húmeda, como la calzada adoquinada, y se separaron ambos.

Caminaron por la acera unas yardas, en tal silencio que parecían estar solos en el mundo, Aunque la verdad era que su presencia no pasaba desapercibida ni mucho menos; había muchos ojos en la oscuridad, en las esquinas, en los portales, en los bares de la zona.

—Buhardilla, naturalmente —dijo Lemmy.

Arriba.

La escalera, de sólo tres pisos, olía a salazón podrida.

En efecto: de pocilga en pocilga.

Lemmy estaba llamando.

—Sammy... ¡Eh, Sammy...!

Silencio.

Lemmy gruñó:

—Menuda borrachera... Sammy es mulato, ¿sabe, Bogart? Pensaba ya hace algún tiempo, vender la motonave y trasladarse al Sur. Le incordiaba mucho este clima... A ver...

Lemmy abrió la puerta casi sin proponérselo.

Y miró a Angus; era evidente que ambos pensaban lo mismo. Angus ya no perdió más tiempo; terminó de abrir la puerta, y entró en aquel piso, pequeño, húmedo, frío, a oscuras... Fue Lemmy quien encendió la luz del pequeño vestíbulo. Luego, pasillo adelante, donde estaban distribuidas las piezas: salita, cocina, y servicios, a la izquierda; el único dormitorio estaba a la derecha.

Y, en efecto, allí estaba Sammy; muy borracho. Tanto que quizás no se recuperase jamás.

Angus lo estaba comprobando, en la salita, donde Sammy yacía en el suelo, con una gran mancha de sangre en el pecho.

Lemmy meneaba la cabeza con expresión compasiva.

—Pobre Sammy... —musitó—. Seguro que ya no se queja más del clima de Seattle...

Angus, fruncido el ceño, hizo un gesto a Lemmy, y éste lo interpretó adecuadamente; siguió hablando, pero solo. Solo, porque mientras Lemmy hablaba, el hombre

F. B. I.,

se estaba deslizando hacia el dormitorio; el rumor había sido claro; como si una rata tiritara. Lemmy también lo había oído, y de ahí su inmediata comprensión. Su voz, además, ahogaba cualquier levísimo rumor que Angus produjera en su avance. Angus llevaba la automática en la mano, cuando entró en el dormitorio, tras haber encendido la luz desde fuera, con sólo introducir un brazo. Fue una entrada rápida, por sorpresa.

La rata volvió a tiritar a proferir gemiditos, mientras se encogía en un rincón... aunque el rincón resultaba evidentemente estrecho, dada la abundancia de la rata.

Para mejor identificación, hay que aclarar que se trataba de una

mulata; joven, eso sí, con el cabello muy espeso, abundante, en rizos como alambres. Tenía ampulosidades muy llamativas, ciertamente; pecho, caderas, piernas... Y estaba tiritando en aquel rincón, con expresión de auténtico pánico, mirando tan sólo la automática que empuñaba el hombre del

F. B. I.

—N-no..., no dispare...

N-no

me mate... ¡No me mate, señor!

L-le...

le juro que no sé nada... No diré nada... Yo sólo amaba a Sammy...

Yo solo...

—Acércate —gruñó Angus.

Ella casi no acertaba a ponerse en pie, y Angus la ayudó, tirando de un brazo.

—Deje de temblar. Soy agente del

F. B. I.

Lemmy, entra; creo que la debes conocer.

Lemmy entró.

Miraba tristemente a la negrita, y dijo:

—Hola, Kitty...

—Lemmy..., Lemmy. ¿Es verdad que perteneces al

F. B. I.?

—Sí... Siento lo de Sammy.

Ella, entonces, más tranquila con respecto a su suerte, se echó a llorar para demostrar su alivio, y se tiró en un viejo sillón, dejando visibles hasta la mitad de los muslos, por ese milagro del maxi abrigo y la minifalda. Unos muslos negros, pero tersos, con brillo, bien formados.

Angus la observaba atentamente.

—Kitty..., ¿qué ha ocurrido? ¿Qué sabe de esto? —inquirió.

—Yo..., yo no puedo creerlo... En realidad, esperaba algo tan distinto...

—¿Qué esperaba, Kitty? —inquirió Angus.

—Seré sincera: pensé que Sammy iba a abandonarme, que me traicionaba...

—Ya... Y por eso, por celos, le ha matado.

—No, no... Debe creerme... Yo amaba a Sammy...

Angus esbozo una seca sonrisa. De un tirón, arrebató a Kitty el bolso que colgaba de su brazo derecho. Kitty se mordió los labios, se encogió, pero no tuvo fuerzas para protestar. Mientras, Angus había abierto el bolso, y..., realmente, no era aquello lo que esperaba encontrar. La muerte de Sammy se debía a una bala de pistola de gran calibre, y Kitty no llevaba arma alguna. Kitty, eso sí, llevaba en el bolso, arrollados, un buen fajo de billetes; no había un centavo menos de tres mil dólares.

—¿De dónde has sacado el dinero, Kitty? —inquirió Angus.

—Bien...

—Veamos, veamos... ¿Me equivoco al suponer que se trata de la herencia que te deja Sammy?

Kitty inclinó la cabeza.

—Responde —pidió sin dureza, el hombre del

F. B. I.

—S-sí... Yo... al ver que estaba muerto... Sabía que había vendido la motonave, por tres mil dólares... Al verle muerto, y puesto que con ese dinero debíamos irnos los dos de aquí, para casarnos, más al Sur, pues..., pensé que... Yo...

—Que te correspondía.

—Sí —dijo ella, entonces, irguiendo el busto.

—Está bien, Kitty; quizás sea una herencia legal, pero ya se verá. De todos modos, esto no es lo más importante. Dices que Sammy había vendido la motonave.

—Sí, señor.

—¿A quién?

—A ella..., y yo tenía celos... Es blanca, y Sammy...

—O sea: una mujer. ¿No es eso, Kitty? ¿No a un hombre?

—Yo sólo sé de ella.

—¿Y qué sabes de ella?

—La seguí; quería saber la verdad sobre Sammy y ella.

Angus pestañeó.

—¿La seguiste, Kitty? ¿Sabes dónde vive?

—Sí... Estuve esperando, pero Sammy no se presentó... Sammy me dijo que...

—Vamos, vamos, Kitty, no te detengas.

—Sammy me dijo que había vendido la motonave por tres mil dólares y que debía dejarla en determinado lugar; que iba a hacerlo.

Me dijo que le esperase aquí a las ocho, y que ya no nos separaríamos; emprenderíamos el viaje hacia el Sur, nos casaríamos... Pero yo no le creí del todo. Yo pensé que me estaba engañando, y que en lugar de ir con la motonave, para dejarla en ese lugar, estaba con ella...

—¿Dónde debía dejar Sammy la motonave, Kitty? ¿Te lo dijo?

—Bastante lejos... En Rolling Bay, Banbridge Island.

Angus sonreía torcidamente.

Musitó:

—¿Sabes por qué han matado a Sammy, Kitty?

—No... No, no...

—Precisamente, estoy seguro, para que no repitiera lo que tú acabas de decir; para que no dijera a nadie que había dejado la motora en Rolling Bay... ¿No es curioso? Le utilizan, le engañan, y... le cierran la boca. Pero tú no temas, Kitty; nada te ocurrirá. Vayamos a otro asunto, muy importante: ¿dónde vive esa mujer a la que seguiste por celos?

—Oh, cerca; en una pensión de Commodore Street.

—¿Vamos, entonces, Kitty?

—Pero yo...

—Por favor —sonrió Angus.

—Bien...

—¿Me necesita, Bogart? —inquirió Lemmy.

Angus miró a Lemmy, y sonrió un poco irónico.

—Casi olvidaba que no trabajas gratis, Lemmy... —dijo—. ¿Cien es suficiente?

—Teniendo en cuenta que lo suyo no es precisamente la generosidad... —suspiró Lemmy.

—Cien. Ve a casa, y no te muevas, de momento. Podríamos necesitarte aún. ¿De acuerdo?

—Bueno... Kitty puede colaborar, por lo que veo.

—Sí... Largo ya. Eh, un momento: llama a la Delegación, y le explicas al inspector Kisser todo lo que hay.

## CAPÍTULO V

EL negro dedo de Kitty señalaba la pensión, muy equívoca, ciertamente; escaleras misteriosas, una pareja que abandonaba la pensión en aquellos momentos... Olía a mar sucio, a pescado podrido; el ambiente de la zona portuaria parecía concentrado en aquellas calles.

—Vamos, Kitty.

—¿Yo también...? —Casi gimió la negrita.

—Identificarás a la mujer. ¿La viste bien?

—Bueno de lejos... Pero la reconoceré, es claro.

—Excelente...

Subieron las misteriosas escaleras; un viejo con cara de besugo, muy pálido, les miró con indiferencia. Un tipazo con una negrita. Bueno, él había visto tantas cosas... Sin despegar los labios, tenía ya una llave en la mano, y la tendía.

—Bogart, del

F. B. I.

—dijo Angus—. Tiene huéspedes fijos, ¿no es así?

El tipo no se inmutó. La policía ya había visitado muchas veces la pensión.

—Sólo uno en estos momentos: una mujer. Sarah Smith, dice. Cuarto 10. El tercero a la derecha.

—Gracias.

Angus tiró de Kitty, y se encaminaron al pasillo Cuarto 10. La puerta estaba cerrada, y no había luz. Tal vez Sarah Smith estuviera ausente...

—Kitty... ve en busca de la llave de este cuarto —dijo Angus.

—Pero..., ¿vamos a entrar, así...?

—No es muy legal, lo reconozco, pero verá como nadie te lleva

la contraria. Date prisa.

Cosa de minuto y medio. Kitty regresaba con una llave, que tendió a Angus, quien abrió la puerta. Encendió la luz, empujó a Kitty al interior de la habitación, y apenas pudo impedir el grito histérico de la negrita; tuvo que amordazarla forcejeando con ella, mientras cerraba la puerta con el tacón del zapato.

—Tranquilízate, ¿quieres? —Gruñó.

La soltó, entonces, y se acercó a la mujer, que estaba de bruces en el suelo. Era una mujer joven hermosa... El crimen se había cometido de un modo muy fácil de deducir, a juzgar por la indumentaria de la mujer muerta. Puesto que el baño estaba en el exterior, salió con albornoz, y la toalla en la cabeza, como un turbante, y zapatillas. Al regresar del baño, puesto que olía a jabón perfumado, alguien la estaba esperando, y... la cuchillada se la habían asestado debajo del seno izquierdo; ensartó sin remisión el corazón... Se veía la herida, la sangre. Hacía de tres o cuatro horas que había muerto...

El albornoz estaba abierto, la toalla se desprendía... Una mujer ciertamente con muchos atractivos, que Angus fue ocultando con el albornoz como pudo, procurando no alterar las cosas, para los equipos técnicos que llegarían en breve.

Por fin, miró a Kitty, la cual parecía confusa.

—¿Y bien, Kitty?

—Bueno..., no sé...

Angus frunció el ceño.

—Kitty, la pregunta es clara: ¿ésta es la mujer que viste?

—No. No, no... Estoy segura de que no es ella.

Angus seguía ceñudo.

—¿Éste no es la mujer que trató con Sammy sobre la compra de la motonave, y a la que tú seguiste, celosa?

Kitty negaba con su ensortijada cabeza negra.

—No, no... No lo es... Estoy segura, señor Bogart.

—Está bien... ¿Podrías describirme a la que viste?

Kitty reflexionaba.

Angus también.

La muerta era Thelma.

Hasta cierto punto, era de esperar: Thelma era muy conocida; se contaba con fotografías de ella, incluso... La discreción tiene su

precio... Y con la muerte de Thelma, las pistas se cortaban. Es decir, se hubiesen cortado, de no existir una negrita celosa llamada Kitty, cuya existencia afortunadamente, fue ignorada por los asesinos... Kitty, sin duda, era allí la pieza más importante.

—Por favor, Kitty, estoy esperando —dijo Angus.

—Pues..., era rubia, sí...

—¿Natural? ¿Teñida, peluca...?

—No podría asegurarlo. Pero sí sé que estoven, tiene un bonito cuerpo, viste con elegancia...

—Kitty, eso no significa nada. Hay muchas mujeres jóvenes, bonitas, y elegantes...

—Sí, sí... Pero no sé...

—Está bien. Salgamos.

—No la vi de cara, ya se lo he dicho...

—De acuerdo, de acuerdo... Veremos el portero. Fuera ya de aquí.

Angus echó una última mirada al cuerpo de Thelma, y luego salió del cuarto, empujando a la aturdida Kitty. Instantes más tarde, llegaban frente al viejo pálido con cara de besugo.

—¿Quién visitó a la huésped del cuarto 10? —inquirió Angus.

—Nadie.

—¿Usted permanece siempre aquí?

—Hay momentos en que no, es natural —gruñó el tipo.

—Ya...

Angus meneó la cabeza. Parecía inútil insistir. Por tanto, lo que hizo fue acercarse al teléfono, y marcar el número de la Delegación, pidiendo comunicación con el inspector Kisser, quien le atendió inmediatamente.

—Angus, ¿qué espera para ir a Rolling Bay?

—Pensaba hacer las cosas por orden, señor. Anote: Thelma Bretten ha sido asesinada. El cadáver está en el cuarto 10 de una pensión del 90 de Commodore Street.

—Por Dios...

—Aquí le esperará una chica llamada Kitty. Era novia de Sammy, ya sabe. Lemmy le habrá puesto al corriente de todo.

—Sí, así es. Iremos para allá, Angus. ¿Ha visto algo en ese cuarto?

—No me he tomado molestias, señor.

—Claro...

—Tendrá noticias. Cuelgo.

Lo hizo.

Miró a Kitty, e inquirió:

—¿Puedes darme datos sobre la motonave de Sammy?

—Sí, sí, eso sí, señor Bogart... Mide unas doce yardas de eslora y tres a tres media de manga. La cabina de mandos está alzada, y está pintada de blanco; el casco es rojo y negro. Lleva el nombre de: «Kitty»... Yo..., yo ahora estoy segura de que Sammy me quería...

—Sí, Kitty. Lo siento de verdad. Bien... ¿Matrícula?

—«WA

3-1219».

—Gracias por todo, Kitty...

El fracaso había sido rotundo: la «Kitty» no estaba en los muelles de Rolling Bay, en la isla Banbridge. Habían intervenido en su búsqueda incluso los Guardacostas. Precisamente, en la Estación, en el despacho del teniente Livingstone, se encontraba en aquellos momentos Angus.

—Por supuesto, se buscará esa motonave... —decía el teniente—. No puedo garantizar el éxito. No es en absoluto difícil cambiarle el nombre, pintar de azul la cabina de mando, y el color del casco, de negro a blanco, por ejemplo... Asimismo, se puede variar el número de matrícula.

—Pero la documentación...

—Es un trabajo ingrato de verdad, señor Bogart. Hay cientos de motonaves circundando por la bahía; por nuestras radas, muelles, puertos. Y por el Pacífico. Muchas, muchísimas; la mayoría, diría yo, salen por el estrecho Juan de Fuca al Pacífico... Hay que controlar, repito, un número excesivo. Detenerlas a todas, investigar, revisar la documentación, es laborioso de verdad. Pero, insisto, no dejaremos abandonado el asunto; estableceremos una vigilancia adecuada.

Angus esbozó una leve sonrisa de abatimiento.

—Creo que no se puede hacer otra cosa, teniente... —murmuró.

—De momento, no.

Angus se puso en pie.

—Estaré a la espera de sus noticias —dijo.

—Ojalá pueda proporcionárselas pronto.

Se despidieron, y mientras el agente del

F. B. I.,

se dirigía hacia la lancha que le devolvería a Seattle, iba pensando en la inutilidad, en cierto modo, de la muerte de Sammy; aunque, por otra parte, ello demostraba que el asesino no se confiaba. Y ya eran demasiados crímenes: Lionel Thomas, Thelma Bretten, y el mulato Sammy. Demasiados muertos, sí, no podía tratarse de un asunto trivial.

Había desasosiego, inquietud, aquella noche, casi a las doce, en el despacho del inspector Kisser, que estaba dando excitados paseos, fumando un cigarrillo. Detuvo sus paseos, y miró a Angus, que estaba sentado.

—Empiezo a convencerme, Angus —dijo—. O nos hallamos ante un organizador de contrabando, o ante un grupo de espionaje; ante auténticos: profesionales. Todo les sale demasiado bien; hacen las cosas con rara perfección. Y no hablemos de fracasos de ellos, porque no existen..., en cierto modo. Pregunta de nuevo: ¿Qué sabríamos nosotros de todo esto, de haber funcionado el incinerador en el edificio de apartamentos de San Francisco donde asesinaron a Lionel Thomas? Pues bien: no sabríamos una palabra. Por lo demás, nos están quitando de delante la gente conocida. Ejecuciones, simplemente, de personas que pueden perjudicar la organización. ¿Estás de acuerdo, o no?

Angus había ido asintiendo con movimientos de cabeza.

—Tengo que estarlo, señor —rezongó.

—¿Te das cuenta? No dejan huellas... No las dejaron en San Francisco, ni en el «cottage» de Vashon Heights, ni en la buhardilla de Sammy, ni en esa pensión donde han dejado el cadáver de Thelma. Ni una sola huella útil. Auténticos profesionales del crimen, o del espionaje, o del contrabando organizado... En suma: no luchamos contra un solo individuo. Y..., tenemos lo del avión hundido, lo del batiscafo. Si relacionamos todo eso, Angus, podemos llegar a algunas conclusiones.

—Que el avión perdido en el mar transportaba algo tan valioso que ha movilizó a un grupo de espionaje.

—Sí, eso es. ¿Para qué andar con tonterías?

—Tenemos la lista de lo que transportaba, señor.

—Ahí está...

El inspector fue hacia el paño de pared donde tenía, extendido, pegado, el mapa de Seattle, con sus alrededores.

Lo estuvo observando unos instantes. Luego, rió brevemente, de un modo extraño, y a continuación dijo:

—Tal vez Chris dio en el clavo... Los capullos de «Bombyx mori». Observa esto, Angus. Bueno..., mientras pensaba, daba vueltas, calculaba posibilidades...

Angus estaba ya junto al inspector. Éste señalaba un punto en el plano de la ciudad.

—Thorndyke Avenue, Angus. ¿Qué te recuerda? —inquirió el inspector.

Angus pensó inmediatamente en su muñeca. Pero dijo:

—«Cupido», Agencia Matrimonial, a su servicio...

—Eso es. Fíjate en esto. Esquina de Olive Way. Esta esquina corresponde exactamente al número 56Q de Olive Way. ¿A quién dirías que corresponden tales señas?

—Bueno... Sería demasiado casual, señor... ¿Digamos al destinatario de la carga de las crisálidas?

—Justo, Angus.

Angus pestañeaba, mirando aquel punto del plano.

—Hasta es posible que los edificios tengan comunicación; es decir, que estén separados tan sólo por un patio del interior de la manzana... Sus patios, en todo caso, son contiguos... —musitó Angus.

—Creo que así debe ser.

—¿Y bien? —inquirió Angus, mirando al inspector a los ojos.

—No sé... Carecemos de base para efectuar un registro con autorización judicial... Tampoco sabemos lo que hay que buscar, Angus, y eso es muy importante, ¿lo comprendes?

—Por supuesto... Sin saber qué debemos buscar, es completamente inútil, e incluso contraproducente, un registro. Tampoco conviene demostrar, de momento, nuestra... agudeza, señor.

—O nuestra estupidez —rezongó el inspector Kissner.

—No lo creo... Helen Houghton fue azafata de vuelo en la «Delta» señor. Todo es tan significativo...

—Lo parece, al menos.

—¿Ha averiguado algo sobre ese fabricante de corbatas de seda?

—De momento, lo justo. Se llama John Averbach; es soltero, tiene cincuenta y cinco años, y su negocio es normal.

—¿Antecedentes?

—Ninguno.

—¿Ha solicitado informes a Washington?

—Aún no, Angus.

—Quizás fuese interesante.

—Sí... No he querido precipitarme, ni ver duendes, pero...

Angus encendió un nuevo cigarrillo.

—Ocúpese de esos informes, señor, y de controlar todas las noticias del teniente Livingstone, si llegan. Yo me ocuparé de la agencia matrimonial, y de Averbach.

—De acuerdo... Hasta mañana, Angus... Ya es hora de ir a la cama, ¿no?

Poco después, Angus, en su auto, mezclaba en su cerebro un avión perdido en accidente, un batiscafo, asesinatos, gusanos de seda...

## CAPÍTULO VI

**P**OR la mañana, Angus fue recibido en la agencia matrimonial por la propia Helen Houghton, la cual hizo su aparición sonriente, muy hermosa, quizás especialmente hermosa aquella mañana.

—¿Usted, señor Bogart? —saludó, mostrando sorpresa.

—Siento molestarla, *miss* Houghton...

—Por favor, no diga eso. No es molestia alguna... Y me alegro de ver a alguien, en realidad. Usted debe ignorar algunas facetas de mi negocio, estoy segura —decía, sonriendo, Helen.

—No sé a qué se refiere...

—Estamos en invierno, ¿no es así?

—Sí, en efecto...

—Pues se nota en mi negocio. La agencia tiene trabajo abundante en primavera; es la estación del amor, al parecer. Por lo visto, todo está condicionado en esta vida, señor Bogart. El amor en primavera... No deja de tener su encanto, ¿verdad?

—Supongo que sí... Pero también imagino que los que sienten la soledad, pues..., deben sentirla en todo tiempo, *miss* Houghton.

—¡Pero la aguantan! —rió Helen—. Sin embargo, es cierto: yo estoy tratando de que mi negocio rinda en todo tiempo, no sólo en primavera. Voy a realizar publicidad. Además, ahora estoy trabajando con unos decorados; horóscopos; grandes horóscopos. Mucha gente admite que tienen relación con el amor. ¿Ve estas paredes desnudas? Voy a situar aquí horóscopos de todas clases, medidas, estilos... Por cierto: Iris se está ocupando de eso esta mañana. Pero..., sospecho que usted no está aquí para oír hablar de mi negocio, señor Bogart. Y pase a mi despacho, se lo ruego.

—Gracias, *miss* Houghton.

Él la siguió.

Demonios, tenía unas caderas sensacionales...

Y la figura, en su conjunto armónica, con gracia.

Un minuto más tarde estaban acomodados en el despacho de Helen. Ella parecía interrogar en la mirada.

—Una mala noticia, *miss* Houghton —dijo Angus—: Se trata de Thelma.

Helen se mordió el labio inferior.

—¿Ya... la han detenido? —musitó.

—No exactamente... Ha sido asesinada.

Helen mostró una mirada de espanto.

—Dios mío... —susurró.

—Esta vez, ha intervenido una mujer —dijo Angus.

—¿Quiere decir que Thelma ha sido asesinada por una mujer?

—Creo que sí.

—Pero... No entiendo nada, señor Bogart... Nada de nada. Thelma se casa con un hombre, y, según usted, interviene en el asesinato de éste. Luego, a Thelma la asesina una mujer... Pobre Thelma... ¿Cómo pueden ocurrir esas cosas, señor Bogart? No sé... Yo... yo no hubiera creído nunca que Thelma estuviera mezclada en cosas... cosas así, vaya... Lo lamento de veras; era una buena amiga.

—Quería hacerle algunas preguntas, *miss* Houghton.

—Bien...

—¿La llamó Thelma?

—No... No lo hizo. Les habría avisado, señor Bogart.

—Sí, claro... Pensé que Thelma, quizás sintiéndose en peligro, decidiera, en algún momento, llamarla a usted... No sé; cualquier cosa, aunque usted ya lo entiende: me aferró a lo que sea, puesto que estoy muy desconcertado. Digamos, pues, que usted, desde que Thelma se casó, no ha tenido noticias directas de ella.

—Así es, señor Bogart. Pobre Thelma... Creo que esta noticia me amargaré el fin de semana... La culpa es mía, por haber seguido la broma de Thelma con la computadora de amor... Oh, no sé... Si yo no le hubiese presentado a Lionel Thomas, quizás nada de esto habría ocurrido... Me siento muy deprimida ahora, señor Bogart...

—Por favor, reaccione... Yo pienso que de un modo u otro, las cosas igualmente habrían ocurrido. No debe considerarse culpable.

Helen se estrujaba las manos; meneaba la cabeza.

—Difícilmente olvidaré esto... —musitó Thelma.

—Un consejo, *miss* Houghton: dedíquese a su fin de semana tranquilamente. Quizás..., Thelma no merece que nadie la compadezca.

—Oh, no diga eso...

—Perdone... Pero insisto: no se torture.

—Lo procuraré... —suspiró Helen.

En aquel instante, sonaba una llamada en la puerta, y aparecía un instante más tarde la muñeca. Bonita, con su carita radiante, con especial brillo en los ojos, con el mismo vestido pantalón azul cielo, y un chaquetón abierto por encima...

—Oh, perdonen... Creí que estaba sola, *miss* Houghton.

—¿Has conseguido algo, Iris? —inquirió, un poco cansadamente, Helen.

—Tendremos los horóscopos aquí el lunes por la mañana, *miss* Houghton.

—Bien... Gracias, Iris.

Ella se retiró. El hombre del

F. B. I.,

por su parte, se puso en pie. Estrechaba la mano de Helen.

—Ha sido un placer conocerla, *miss* Houghton.

—¿No volveremos a vernos, señor Bogart?

Angus no resistió el chiste:

—Quizás en primavera.

Los dos reían cuando Angus salió del despacho. Iris estaba en su mesita de trabajo, ya sin el chaquetón. Angus se acercó a ella, mirándola especulativamente. Iris aceptó la mirada con un poco de timidez, pero había una dulce sonrisa en sus labios.

—¿Qué dijo la máquina, *miss* Hazell? —inquirió Angus.

—¿La...? Oh, usted no hablaba en serio...

—Por supuesto que sí.

—Pero...

Angus se inclinó un poco hacia Iris; casi tocaba una de sus orejitas con los labios, y dijo:

—Procura averiguar dónde piensa pasar el fin de semana *miss* Houghton. Cuidado. A las seis estaré en tu apartamento.

Ella pestañeaba, muy sorprendida.

—Se-señor Bogart, yo...

—Te lo pide el

F. B. I.

—¡Oh!

—Hazlo bien, ¿de acuerdo? Hasta las seis de la tarde, recuerda.  
Y se fue.

Allí estaba la muñequita; parecía vivir en una cajita con sus compartimientos. Un diminuto piso, en Bagley Ave. Un acertadísimo lugar, al Norte de Unión Lake. Veía el lago, y la Seaplane Base, con sus deportes en verdad arriesgados, difíciles; lo más hermoso, no obstante, era el azul del lago, y la vista del centro de Seattle, al otro lado.

La muñequita, después de salir de la agencia a las cinco, fue directamente a su apartamento, donde se puso cómoda; estaba muy alterada, excitada, aunque pensaba que debía dominarse. Recordaba muy bien la amable mirada oscura del señor Bogart. Sus órdenes secas, por otra parte. Era extraordinario todo aquello...

Iris vestía en aquellos momentos un pantalón rojo, pegado a los muslos, y ancho por abajo; un jersey también rojo; parecía estar encendida, luminosa, incandescente... Corrió a abrir la puerta cuando oyó el suave campanillazo.

Y allí estaba el señor Bogart.

—Iris... —saludó, con leve sonrisa, el hombre del

F. B. I.

—Señor Bogart... Pase, por favor.

—Gracias.

Angus penetró en el pisito, y lo estuvo examinando todo descaradamente, sin importarle que Iris, en todo momento, le siguiera, estuviera detrás de él. Por fin, Angus, ya en la salita, se sentó, se acomodó, y miró a la joven.

—De modo que aquí vives... —dijo.

—Sí... —dijo ella, tímidamente, enrojeciendo un poco.

—Eres ordenada, muy limpia... En fin, ¿dónde?

—Dónde..., ¿qué?

—El fin de semana de *miss* Houghton. ¿O lo has olvidado?

—Oh, no... —Se sentó frente a Angus—. Pero es muy extraño...  
¿Por qué su interés, señor Bogart?

—Ya aclararemos luego algunas cosas. Piensa esto: estás

colaborando con el  
F. B. I.,  
Iris.

—Bien... Estuve..., espiando toda la mañana de hoy, y no fue hasta poco antes de las cinco, cuando ella llamó por teléfono al Aeropuerto, a la sección de vuelos-tranvía. Pidió horario de los vuelos hacia Port Angeles; ya sabe, en el Olympia National Park, y estrecho Juan de Fuca... Entendí que le interesaba el vuelo de las siete de la tarde. Calculo que a las ocho, como máximo a las ocho y media, estará instalada. Por cierto, realizó una llamada de larga distancia, a Toynville, a unas ocho millas de Port Angeles, solicitando un taxi para ser trasladada del aeropuerto a Toynville.

El hombre del  
F. B. I.,  
asentía con movimientos de cabeza.

—Excelente trabajo. Iris —dijo.

—Ahora, por favor, dígame...

—Espera, espera... ¿Qué hizo ayer tarde *miss* Houghton?

—No sé... Yo estuve fuera hasta las seis de la tarde; tuve que alargar la jornada por el asunto de los horóscopos... Pero recuerdo que llamé a la agencia a las seis de la tarde, y *miss* Houghton no estaba. Y es raro en ella, que suele quedarse en su despacho hasta la hora de cenar, de siete a ocho, según su costumbre.

Angus cerró los ojos un instante. Cabía, pues, que Helen Houghton fuese la mujer que vio Kitty.

Bueno... sólo había que ponerle a Helen una peluca rubia.

—Otra cosa, Iris: ¿conoce a un hombre llamado Averback?

—No... No recuerdo, señor Bogart...

—Su patio interior y el de la agencia se comunican.

Iris pestañeó.

—Bien..., es posible, señor Bogart, pero...

—Es decir: no has visto al señor Averback nunca en la agencia.

—No. Estoy segura.

—¿Quién atiende las llamadas telefónicas, Iris?

—Normalmente yo.

—¿Alguna especial? ¿Recuerdas?

—No, no... Pero, ya digo, ayer estuve ausente bastante tiempo.

—Claro...

—Señor Bogart..., me está inquietando... ¿Qué sucede con *miss* Houghton?

Angus se puso en pie.

—Aún no lo sé —dijo—. Gracias por todo, Iris.

—Pero... ¿ya se marcha?

—Sí.

—Yo..., yo pensé que...

—¿Qué has proyectado para este fin de semana?

—Nada. Estoy libre... —Le brillaban mucho los ojos.

—Ah, eso es magnífico, Iris. Hasta la vista. Y..., creo que sobra la advertencia: ni una palabra de esto a nadie. No hace falta que me acompañes.

Se largó. Iris quedó bajo los efectos de una tremenda pataleta. Aquel tipo era un monstruo, un bruto; un cegato. Ella había creído que... Pues sí: ni más ni menos que lo que tenía derecho, perfecto derecho, a creer, cuando se tienen veinte años, y se es bonita, dulce, femenina... Se tiene derecho a creer lo que se quiera. Pero..., allí se quedaba a solas con ilusiones que se habían fundido. ¡Zas! Humo. Ni humo... Ni eso.

El taxista de Toynville parecía un poco amoscado. Aquel tipo tenía muchos caprichos; le había obligado a apagar las luces del coche, un cacharro desvencijado, cansado de trotar por aquellos accidentados terrenos.

—¿Está seguro de que fue ahí? —inquirió Angus señalando aquel refugio solitario a oscuras, con puntiagudos techos pizarrosos, a cuatro vertientes.

—Completamente seguro, señor.

—No parece que haya nadie.

El taxista se encogió de hombros.

—Fue ahí —dijo, con voz cansada.

—Está bien. Esto..., hay cosas de familia que no tienen por qué trascender, ¿comprende? Guarde esto.

El tipo se animó al palpar el billete de a veinte dólares. Lo guardó en un bolsillo de su chaquetón.

—¿Comprendido? —Gruñó Angus.

—Sé ser discreto, señor.

—Estupendo. Voy a apeararme.

Angus abandonó el auto, y se deslizó hacia las sombras de unos

pinos muy altos que crecían al borde de la carretera secundaria. El coche se marchaba poco después, petardeando. Segundos más tarde, Angus estaba a solas en aquella zona solitaria, como requería un refugio de montañas, si bien el mar, el estrecho Juan de Fuca, con sus miles de accidentadas calas, grutas, radas, estaba a menos de un cuarto de milla; cinco minutos dando un paseo, no muy agradable a aquellas horas, por cierto, ya que soplaba viento cortante, del Norte, de Alaska.

Angus fue aproximándose al refugio, y unos minutos más tarde estaba seguro de que no había nadie en el interior. Sin la menor vacilación recurrió a un juego de ganzúas, y se metió en el refugio, donde toda la planta baja era vestíbulo-comedor, con hogar, sin fuego aún. Mucha decoración, incluso recargada, con motivos de caza y pesca; frente al hogar, había un tresillo, y alfombras de piel; imitación piel de oso, al parecer.

Con una pequeña linterna, el hombre del F. B. I., recorrió también las habitaciones, situadas en el piso; dos piezas tan sólo, con el correspondiente baño cada una.

No intentó un registro a fondo, temiendo ser sorprendido. Había algo importante que hacer; algo que, siendo más discreto, podía dar fruto.

Regresó al vestíbulo-comedor, y tras unas pequeñas dudas, resolvió situar su diminuto micro-espía en el interior de la boca de un reno, cuya cabeza era un trofeo colocado en la pared, a la derecha del hogar.

Luego salió de allí, dispuesto a buscar un punto de observación, sin alejarse demasiado.

Parecía que, simplemente, Helen había regresado de un paseo. Iba equipada con tres cuartos de piel, pantalones, que a la altura de los muslos parecían querer reventar, gorro de piel, botas... Había entrado en el refugio, y encendió las luces. Miró la hora en su reloj de pulsera, e hizo un gesto de contrariedad, de impaciencia. Eran casi las once de la noche...

Reunió unos leños, y prendió fuego, utilizando luego una ramita para encender un cigarrillo. Fue a buscar «*whisky*», y se sentó, fumando, y bebiendo a pequeños sorbitos, con impaciencia en

cualquiera de sus gestos.

Eran las once y unos minutos cuando llamaron a la puerta del refugio. Helen casi saltó, poniéndose en pie, y fue a abrir. Allí estaba enmarcado un hombre, al que Helen hizo pasar de inmediato.

—No me gustan los retrasos, Lewis —dijo, secamente, Helen.

—Lo siento. La discreción, a veces...

—Está bien, no perdamos tiempo. Hay que zarpar.

—¿Todo listo, entonces?

—Sí, sí... Te están esperando.

—Bien... ¿Me acompañas, o...?

—No es necesario. No puedo ir. Sólo tienes que caminar media milla, en dirección Noroeste; luego, descendiendo por el acantilado, descubrirás la rada rocosa, donde está la motonave; apenas cabe allí, pero, por esa misma razón, se trata de un perfecto refugio. Lo demás, no requiere explicaciones, ¿no es así?

—No, claro... Sin embargo, hay un inconveniente, Helen; ellos no me conocen. Como es natural, no van a confiar en el primero que llegue.

—Muéstrales todo lo que llevas encima.

—Aun así...

—Tal vez tengas razón...

Helen paseó un poco por el amplio vestíbulo, para detenerse luego ante el tal Lewis.

—No dudarán de ti con la siguiente contraseña: «Max Lombard es el “suang”. Max Lombard es el jefe del grupo. “Suang” es una palabra china que significa esencia, maestro... Con esto, solucionaremos ese pequeño inconveniente. Yo prefiero no moverme de aquí».

—Está bien. ¿Algo más, Helen?

—Desearos éxito, ¿qué otra cosa?

—¿Estás nerviosa?

—Impaciente.

—Es lo mismo...

—No es lo mismo, pero no vamos a discutir, Lewis.

Lewis no parecía muy convencido.

Miraba atentamente a Helen, e inquirió.

—¿Qué temes, Helen?

—Nada.

—¿Al

F. B. I.?

—No lo sé... Parece que no sospecha de mí, pero..., nunca se puede, ni se debe, tener esa seguridad. Prefiero actuar como si realmente los tuviera sobre mí. Y pienso, por otra parte, que hemos desplegado casi todas nuestras fuerzas para esta operación demasiado movimiento... Me dirás que vale la pena, que es imprescindible, y es cierto... pero... En fin, no perdamos más tiempo.

—Hasta la vista, Helen. Cuida tus nervios.

—¿Crees que podréis regresar el domingo al atardecer?

—Depende. Son muchos los inconvenientes; supongo que eso lo sabemos todos.

—Sí... Vete ya, Lewis.

## CAPÍTULO VII

A PENAS había cubierto Lewis la mitad del camino hacia la rada rocosa indicada por Helen, cuando vio que una sombra, procedente de aquella dirección, se aproximaba a él. Lewis, un poco inquieto, deslizó la diestra hacia el bolsillo del chaquetón, tocando la automática. Acortó el paso, dejando que aquel hombre se acercara. Un tipo de mirada oscura, rostro hostil, que llegó tranquilamente ante él.

—¿Lewis? —inquirió.

—Sí...

—Puedes demostrarlo, supongo.

—Max Lombard es el «suang».

Angus esbozó una leve sonrisa.

—Yo soy Max Lombard —dijo—. Tardabas mucho; llegué a pensar que estaba ocurriendo algo. ¿Lo traes todo?

—Sí, desde luego.

—Le echaré un vistazo.

—¿Aquí? —Gruñó Lewis.

—¿Por qué no? De este modo, en cuanto lleguemos a la rada, subimos a bordo de la motonave, y en marcha.

Lewis se encogió de hombros; en su opinión, Max Lombard aún no confiaba plenamente en él, y no había por qué complicar las cosas. En cuanto a Angus, actuaba con toda seguridad en su papel, puesto que era obvio que si Max Lombard ni los demás eran conocidos por Lewis, no existía razón alguna para creer que ellos sí conocían a Lewis; máxime debiendo mediar contraseñas.

Lewis estaba extrayendo una serie de papeles. Angus le había situado detrás de unos arbustos, y utilizaba su linterna.

—Esto es —dijo Lewis—. El avión se encuentra exactamente a

ciento diez millas de aquí; es decir, de Neah Bay, la punta más sobresaliente del estrecho, ya tocando el Pacífico. Aquí están los datos, las coordenadas, y la profundidad, creo que bastante aproximada. Cerca hay unos islotes, que nos serán útiles para ocultarnos cuando convenga, e ir descansando, en el supuesto de que no obtengamos el éxito inmediato. Hay que tener en cuenta que es lo más probable; he calculado más de cuatrocientos pies de profundidad; nada insalvable, es cierto, pero... Es una fosa muy accidentada. Y habrá otra clase de problemas, claro. Supongo que estáis preparados para enfrentaros con ellos.

—A lo que sea, Lewis.

—¿Y la motonave? Hay una intensa vigilancia.

—No ocurrirá nada.

—¿La habéis camuflado ya?

—De otro modo, no te estaríamos aguardando para salir al Océano, Lewis. Cuando quieras. Dame...

Lewis estaba tendiendo los documentos, cuando Angus actuó.

El tipo no lo esperaba; tendía la diestra, completamente confiado. Cuando recibió el corto en el estómago; un rechazazo restallante; soltó un jadeo, y se inclinó, soltando los papeles. El siguiente golpe fue un hachazo con el canto de la diestra, en el cuello, que tiró a Lewis de costado.

Lewis rodó por el suelo rocoso, pero no tan castigado como suponía el hombre del

F. B. I.,

Lewis había quedado de rodillas, y su diestra se introducía en el bolsillo del chaquetón, para sacar a relucir la automática; no obstante, Angus llegó antes de que el arma hiciera su aparición. Le pegó a Lewis en un hombro, y luego un rodillazo en la frente, tirándole de espaldas. Y a continuación, Angus soltaba un gruñido cuando Lewis, con los dos pies, le alcanzaba en el estómago. Lewis, delgado, fibroso, acuciado además por la necesidad, consiguió sorprender de nuevo a Angus, con un puñetazo en el centro del pecho.

Angus retrocedió un poco, y esquivó la diestra de Lewis, que iba hacia su yugular. Inclinado, Angus pegó un seco puñetazo al hígado de Lewis, quien palideció ostensiblemente, se tambaleó, pero aún pudo soportar un nuevo golpe, en las costillas.

Pese al frío, al viento, el rostro de ambos empezó a brillar, a causa de un incipiente sudor.

Angus decidió terminar cuanto antes. El peligro era ya evidente, a causa de la demora, de la dureza de Lewis...

Se alzó al ataque.

Engañó a Lewis, quien estaba esquivando un golpe en el plexo sólo cuando la diestra de Angus le pegaba en el cuello. Lewis se tambaleó, y quiso esquivar un nuevo golpe, pero erró la dirección, y se encontró entre las dos manos de Angus, entrelazadas, buscando la carótida derecha. El golpe dejó a Lewis muy quieto, arrugándose. El segundo golpe, aquella vez con las manos separadas, y, por tanto, doble, acabó con la resistencia vital de Lewis, con las carótidas fracturadas, venas rotas, sin posibilidad de permitir el riesgo sanguíneo del cerebro.

Ya muerto, Lewis se derrumbó entre unas rocas, cerca del acantilado.

Angus normalizó la respiración, mientras iba recogiendo aquellos documentos.

Luego, ocultó un poco mejor el cadáver de Lewis entre rocas y matorrales.

Echó a andar, a continuación, serenándose, adoptando una expresión tranquila. Se deslizó en busca de la rada indicada por Helen, cuya voz había llegado, así como la de Lewis, nítidamente a oídos de Angus, a través del repetidor del micro-espía instalado en la boca del reno.

Tardó unos diez minutos de divisar, aún desde un nivel más elevado, la motonave, sin luces; una silueta que se distinguía por el color claro con que la habían camuflado. Blanca la cabina alzada, y el resto del casco negro. No se molestó en observar los cambios de matrícula y nombre.

Descendió hasta llegar a tocar el casco de la motonave. No veía a nadie. No se inmutó cuando la voz sonó a su espalda.

—Hable.

Una voz seca, autoritaria.

Angus se volvió, tranquilo.

—¿Max Lombard? —inquirió.

—Tal vez.

—Soy Lewis. Traigo lo necesario.

—¿Es todo?

—Digamos que Max Lombard es el «suang».

Max Lombard asintió con un seco movimiento de cabeza.

—Creíamos ya que algo ocurría, Lewis. A bordo. Zarparemos inmediatamente.

—De acuerdo. ¿Los demás?

Apareció otro hombre, junto a Max Lombard. Y por la borda, asomó un tercero, todos empuñando sus automáticas. Las armas desaparecieron en los respectivos bolsillos, y el que estaba a bordo tendió la escala, que los demás utilizaron para llegar a cubierta. Luego, el tipo la retiró.

—¿Zarpamos, o queréis observar antes los datos que...? —empezó Angus.

—No vamos a perder el tiempo. Tú sabes hacia donde debemos navegar, Lewis. Te ocuparás del rumbo. Delbert te auxiliará en la cabina de mandos.

O'Neil

y yo estaremos abajo. Creo que hemos camuflado lo suficiente bien la motonave, pero de haber algún inconveniente con los guardacostas, tú podrás solventarlo.

—Eso espero. De todos modos, no molestarán, creo. No se atreven a detener a todas las motonaves que salen del estrecho; es natural. Levantarían las iras de la gente. ¿No es un estupendo país?

—Sin duda... ¿Listos?

Angus miró a Delbert.

—Andando —dijo—. Motor en marcha.

Mientras Max Lombard y

O'Neil

se retiraban, bajando al camarote de la motonave, Angus, con el tal Delbert, empezaban a manipular con los mandos, para zarpar. Angus dejó los trabajos a Delbert, y extendió sobre la mesa abatible todos los papeles que había sido portador Lewis. Estudió la carta de navegación, las coordenadas... Es un decir; en realidad, estaba preparando su plan de acción, que no parecía presentar excesivas dificultades.

La motora ya se movía.

—¿Rumbo? —inquirió Delbert.

—Salgamos del estrecho de momento. Tenemos una hora de

navegación, a toda máquina, antes de estar en la boca del Pacífico.

—Ya...

Delbert iba a lo suyo. Angus se concentraba en su plan. Había ya observado un buen dato; uno más: era realmente asombroso el parecido entre Lionel Thomas y Max Lombard, según las fotografías que había visto del cadáver de Thomas; de su rostro, vaya...

Estaban saliendo de la rada, cuando el hombre del F. B. I.,  
decidió actuar.

Por lo pronto, Delbert le daba la espalda. Delbert llevaba una gorra de marino, pero aquello no podía ser un gran obstáculo. Angus, por detrás, levantó el brazo, armado con la automática, dispuesto a dejar caer el cañón sobre la coronilla de Delbert. Éste, no obstante, en aquel momento se volvía, con una pregunta en los labios, que no llegó a formular.

No pudo porque entre otras cosas, el cañón de la pistola le destrozó los labios.

Delbert, mareado por el golpe, pero a tope la llamada de su instinto de conservación pudo esquivar el segundo golpe, y tratar de replicar. Angus, sin embargo, no quiso perder la ventaja, y utilizó el bajo procedimiento de pegar un punterazo a Delbert entre las piernas; cuando el tipo, lívido, con ojos saltones, se inclinaba, le pegó en la frente, por dos veces, con el cañón de la automática. Delbert se desplomó en brazos de Angus, quien le depositó suavemente en el suelo de la cabina, sin riesgo de que el choque del cuerpo contra el suelo de madera fuese captado por los de abajo.

Angus, a continuación, echó un vistazo a cubierta, y descendió los cuatro peldaños, que le condujeron hacia un rincón donde había sogas y cadenas. Optó por una cadena. Sin producir el menor rumor, regresó a la cabina, y encadenó concienzudamente a Delbert, amordazándole también.

La motora seguía moviéndose, pero se corría el riesgo de que perdiera el rumbo, en línea recta por la salida de la estrecha cala, y se estrellara contra las rocas.

Angus utilizó el cinturón de Delbert para asegurar la inmovilidad del timón, de modo que, de momento, siguiera en línea recta, saliendo de la cala. Una vez en el estrecho, no importaba la línea recta; el mal mayor era que atravesaran el estrecho, hacia la

isla de Vancouver. Pero, claro, para eso tendrían que ir las cosas muy mal.

Angus, seguro de que todo estaba bien arriba, decidió apoderarse de la situación también abajo.

Pasó a cubierta, y se deslizó hacia el portante de bajada al camarote.

Tras descender tres de aquellos peldaños metálicos, podía ver ya luz en la portezuela que daba a la sala del motor, y pequeña bodega; en cuanto al camarote, la pieza de todos los servicios de la motonave, estaba a oscuras.

Angus llegó abajo, y quedó quieto, pegado a la portezuela, escuchando. Era la voz de Max Lombard.

—Ve preparando las cargas,  
O'Neil.

A poco que Lewis nos conduzca a un punto lo más aproximado posible, nuestra actuación, será fulminante.

—¿De veras confías en el éxito?

—Mejor que no hablemos de eso... No es fácil. El «*affaire*» quedó pendiente de un hilo desde el momento en que el avión sufrió el accidente; algo inesperado que puede hacer fracasar la operación más larga y laboriosa del espionaje chino en Estados Unidos. En cuanto a tu pregunta tiene otra respuesta, más personal por mi parte: no quiero pensar en el fracaso,  
O'Neil.

Aunque..., en mi descargo puedo aducir también lo del maldito incinerador... ¿Lo comprendes? ¡No funcionaba...! Dejé un bocado espeluznante en manos del

F. B. I.

Nada menos del

F. B. I.,

en cuya jurisdicción entran las mutilidades criminales... En fin, a lo nuestro.

—Iré trabajando con las cargas, y dejaré también preparados los equipos. Recogeremos a los del batiscafo en el islote. Por cierto, no creo que Lewis conozca el islote; habrá que advertirle, darle el rumbo.

—Me ocuparé de eso.

—Bien...

Max Lombard salía ya de aquel hueco bodega-sala de máquinas. Fue hacia las escalerillas, e instantes más tarde estaba en cubierta, mirando hacia la cabina de mandos. Apenas tuvo tiempo de pestañear, cuando recibió un brutal golpe en los riñones, asestado con una barra de hierro.

Lombard estaba doblado, arqueado, incapaz de respirar...

El segundo golpe le pegó detrás del oído izquierdo, derribándole, sin conocimiento. Angus amortiguó el choque del cuerpo contra la cubierta y luego se inclinó, dejando la barra de hierro, junto a Lombard; le puso una mano en el cuello, captando los latidos, muy lentos, débiles, del espía.

Angus sonreía torcidamente.

¡Aquél era el «suang»! El maestro, la esencia... La esencia de los espías...

Se encogió de hombros, se puso en pie, y desapareció unos instantes, para reaparecer cargado de cadenas, con las que empezó a inmovilizar a Max Lombard, sin confianzas, sin concesiones. Max Lombard, evidentemente, era el jefe por simple casualidad. En el espionaje no existe el paternalismo.

Les ató con los brazos y piernas en cruz, y no se molestó en amordazarles porque Lombard tenía sueños negros para un buen rato.

Por fin, Angus, con la automática en la diestra, bajó de nuevo. Frente a la portezuela de la pequeña sala de máquinas, dudó un instante. Luego, abrió, sin violencia, sin aspavientos, y quedó apuntando a

O'Neil

quien ni siquiera se había vuelto.

—¿Todo bien arriba? —inquirió

O'Neil.

Angus, sonriendo brevemente, observaba las manipulaciones del tipo. Estaba trabajando con minas, con «lampreas», de indudable potencia con mecanismo de tiempo. Minas muy precisas en sus explosiones, muy eficaces en sus resultados.

Ante el silencio de Angus,

O'Neil

se volvió.

Quedó muy quieto, palideciendo, al ver a Angus con la

automática.

—¿Qué significa esto, Lewis? —musitó.

—Arriba —gruñó Angus.

—¿Por qué hace esto Helen? Todo puede salir bien aún.

—Lo dudo,

O'Neil.

—Tenemos localizado el avión. Poseemos los medios adecuados para recuperar la carga; la parte que nos interesa, al menos. Batiscafo, motonave, cargas, hombres... Podemos estar de regreso con la mercancía el domingo por la noche. Ahora, contamos con probabilidades de éxito; más de las que creéis. Helen no debe asustarse por la intervención del

F. B. I.

Una vez hayamos terminado nosotros la operación de rescate, el

F. B. I.

quedará en el más absoluto vacío... Por otra parte, si nos ejecutáis, ¿de qué habrá servido todo? Se han invertido dos millones de dólares, o más, en el «*affaire*»... Helen, indispensablemente, debe estar fuera de toda sospecha, pero eso lo podemos garantizar con... ¿Es inútil que siga hablando, Lewis? ¿Cuáles son vuestros planes, entonces?

Angus sonreía levemente, con una pizca de ironía.

—Helen es una agente doble —dijo—. Ha comunicado al

F. B. I.,

todo lo que sabía.

—No lo creo.

—Allá tú,

O'Neil...

Por supuesto, no soy el auténtico Lewis.

—No es posible... —masculló, rabiosamente,

O'Neil.

—Procuraré demostrártelo en breve. Sube. Te ocuparás del timón hasta nuevo aviso.

O'Neil estaba pestañeando lentamente, con una extraña chispa en su mirada.

—¿Helen trabajaba también para el

F. B. I.?

¿Ella nos ha delatado? —susurró.

—Eso es: por ella lo sé todo.

—¿Usted es agente del

F. B. I.?

—No perdamos tiempo,

O'Neil

.

O'Neil

no lo perdió.

Se lanzó contra Angus, tratando de derribarle, por medio de un violento choque de sus hombros contra las piernas del hombre del

F. B. I.

Casi lo consiguió, pero Angus, tras tambalearse, se mantuvo firme, hasta que

O'Neil,

con fuerza, con agilidad, tras esquivar un golpe, pudo desplazar a Angus, y rodar por el reducido espacio, llegando hasta el cuchillo que utilizaba para el cierre de las «lampreas», donde introducía los hilos con el mecanismo de tiempo.

Con el cuchillo en la diestra,

O'Neil

se dispuso a un nuevo ataque, con expresión de ferocidad en su rostro.

Angus vaciló un momento.

En realidad, sólo tenía que apretar el gatillo, y...

Su vacilación fue aprovechada por

O'Neil

quién comprendía que aquello era cuestión de vida o muerte. Y se abalanzó sobre Angus, soltando dos escalofriantes tajos, uno de los cuales trazó un leve surco sangriento en la mano izquierda de Angus. Y el hombre del

F. B. I.,

tuvo que apretar el gatillo.

La detonación cobró fragor en la pequeña estancia, y

O'Neil

se tambaleaba, con las dos manos en el pecho.

Dio traspiés y cayó, por fin, de bruces, quedando con la mejilla pegada al suelo.

Angus suspiró levemente.

Le observó un par de segundos, cerciorándose de que estaba muerto.

Luego regresó a cubierta; echó un vistazo a Max Lombard, quien ni siquiera se había recuperado aún; tal vez incluso sufriera alguna lesión renal, a causa del golpe asestado por Angus, quien no se preocupó demasiado por eso. Subió a la cabina alzada, comprobando que tampoco Delbert se había movido.

Delbert le miraba con fijeza; no comprendía, seguramente...

Peor para él.

Angus destrabó el timón, y se ocupó, simplemente, de detener la motonave, acercándola a un escollo, desde el que pudiera saltar a tierra sin dificultades. Varó la motonave, y miró su reloj de pulsera. Había transcurrido apenas una hora desde que Lewis salió del refugio de Helen.

Dejó la motonave sin luces, y saltó a tierra.

Poco después, trepaba por un acantilado, silencioso, ya que la estrecha rada no permitía el oleaje apenas.

## CAPÍTULO VIII

**P**ARA calmar su nerviosismo, Helen, ya bastante tarde, había decidido tomar un baño. Primero, bañera, con agua caliente. Luego, ducha, con agua tibia, para terminar con una ducha fría, cortita, claro. Salió de la bañera, chorreando agua, con el pelo recogido por un gorrito, y tomó la toalla, con la que se friccionó la suave piel.

Helen, sin duda, sabía que era hermosa, y se estaba contemplando en el espejo. Si el espejo no mentía, la belleza de Helen podía prolongarse aún mucho tiempo. Pero, ya se sabe, el espejo es algo irracional, inerte, neutro, que sólo devuelve lo que le ponen delante.

Helen, instantes más tarde, salía del cuarto de baño.

Y quedó petrificada.

Allí, sentado en un sillón, fumando un cigarrillo, estaba el señor Bogart, sonriendo levemente, pero sin alegría; una sonrisa más bien áspera, que ni siquiera dulcificaba un poco la soberbia visión de que disfrutaba en aquellos momentos el hombre del

F. B. I.

Helen, muy quieta, dejaba visible prácticamente todo el cuerpo. Hasta que con movimientos lentos, empezó a envolverse con la toalla, sin dejar de mirar a Angus a los ojos.

—No sé cómo interpretar esto, señor Bogart..., musitó, por fin, Helen. —Si deseaba pasar el fin de semana conmigo, pudo decirlo. Habría aceptado con gusto su compañía.

—Muy amable, *miss* Houghton.

—Bien...

—Vístase.

—Oh, pensaba hacerlo... ¿Toma algo, mientras?

—Durante el trayecto. ¿Le gusta navegar?

—Pues, sí... No me desagrada.

—Magnífico. Le he preparado una excursión.

—Oh..., se lo agradezco de veras...

—No se acerque tanto al tocador, Helen. Es inútil, por otra parte; su pistola la tengo yo. Límitese a vestirse lo más rápidamente que pueda.

Helen se mordía el labio inferior.

—¿Qué significa esto, señor Bogart? —musitó luego.

—Permítame preguntar a mí. ¿Por qué para el espionaje chino, Helen?

Ella sonrió levemente; aún vestida solo con la toalla, que dejaba al descubierto los hombros, y buena parte de las piernas, se sentó en un taburete, frente a Angus. Por fin, Helen se encogió de hombros.

—No sé si sabría explicárselo, Angus... —musitó—. A veces, las cosas ocurren porque sí; en principio, no interviene la voluntad de una. Luego..., quizás por ambición. Sí, exacto: por ambición. No creo que debamos buscarle más explicaciones.

—¿Desde cuándo?

—Hace ya tres años. Empecé cuando trabajaba como azafata de vuelo en la «Delta»... Me metí en una cuestión de ésas, ignorándolo. Luego, tuve que seguir adelante; al principio, con miedo. Luego..., cuando vi los resultados positivos, olvidé mis escrúpulos. Mucha gente habrá empezado como yo, supongo... Al principio, son pequeños trabajos, a los que ni siquiera se da importancia. Luego, se... asciende en la profesión.

—Iremos a la motonave, Helen. Navegaremos hacia el punto donde está hundido el avión. Recuperaremos la carga, si es posible. ¿De qué carga se trata?

—Ya lo averiguará, Angus.

—¿Qué encierran esos capullos de gusano de seda, consignados a nombre de Averbach?

Helen pestañeó.

—¿Tanto sabe de la operación, Angus? —musitó.

—Lo suficiente, creó.

Helen sonrió; meneaba la cabeza.

—Permítame dudarle —dijo—. A mi entender, ni lo sospecha.

—Puedo decir por ejemplo que ésta es la operación más laboriosa y cara del espionaje chino en Estados Unidos.

—Una definición muy acertada, en efecto.

—Y que usted es indispensable.

—También es cierto... ¿Sabe una cosa, Angus?, aunque yo le mate, y huya, todo está perdido. Se supone que usted no actúa solo. Y aunque esté solo en Toynville, el

F. B. I.

conoce su paradero. ¿Es así?

—Sin duda.

—Claro... Yo no podré regresar a Seattle. No podré continuar con la misión... Sólo me queda el recurso de huir. Y oiga esto: por el simple hecho de que yo deba abandonar, huir, la misión más laboriosa y cara ha fracasado. Creo que..., por esta vez, ha habido alguien demasiado importante en esta operación. Todo está perdido ya, desde el momento en que el

F. B. I.,

me ha descubierto.

—¿No exagera su propia importancia, Helen?

—No, no... Los chinos han perdido más de dos millones de dólares, un grupo compacto, duro, avezado, y, lo que es más importante, lo que se había conseguido con esa laboriosa y cara operación.

—Es asombroso que usted valga tanto, Helen, pero lo celebro, compéndalo. A veces, los errores...

—¿Qué errores, Angus? ¿Los míos? No existen.

—¿De veras?

—Yo no fui culpable del accidente que determinó la pérdida del avión; tampoco fui culpable de que el incinerador no funcionara. Es más: yo organicé lo de Thelma y Max Lombard, al ver aparecer en la agencia a Lionel Thomas. Yo vi la posibilidad de proporcionar a Max Lombard una solida personalidad, que podía darle la tranquilidad necesaria por si era preciso que permaneciese algún tiempo en el país. No fallé yo. Luego, avisé a Thelma y a Max Lombard sobre la búsqueda de que eran objeto por parte del

F. B. I.

Alojé a Thelma en una pensión, y di refugio a Max, por separado; me ocupé de buscar la lancha...

—Y de silenciar para siempre a Thelma.

—Demasiado conocida.

—Claro; lo supuse —dijo Angus.

—Además, empezaba a tener miedo.

—¿Y Sammy?

—Me había visto demasiado bien; me habría reconocido, pese a mi peluca rubia.

—Ya..., sólo podía ser así, Helen.

—Pero hay más: yo indiqué el refugio a los del batiscafo. Yo preparé todo lo relativo al camuflaje de la motora... En suma, creo que ha sido un exceso de responsabilidad, Angus. Y diga; ¿cuál ha sido mi error? Dígame un solo error personal; cometido por mí, exclusivamente.

Tras un instante de reflexión, Angus se encogió de hombros.

—No se me ocurre en estos momentos.

—Porque no existe.

—Es posible, pero...

—¿Por qué sospechó de mí, Angus?

—Por su relación anterior con la «Delta», por su proximidad, por su contacto, con Averbach..., por su amistad con Thelma... Usted estaba en el asunto, Helen. Diga: ¿qué relación existe entre usted y Averbach?

Helen sonrió, dijo:

—Averbach es un sujeto extraño... Es inglés, nacido y criado en China... Creo que fue muy difícil para él librarse de la conocida xenofobia china. Primero, tuvo que trabajar su padre para los chinos. Más tarde, Averbach, quien se salvó por su talento... Tiene un cerebro privilegiado para la electrónica. Una mente nada vulgar en esa materia, se lo aseguro, Angus. Oh, bueno, evidentemente, el alma del «*affaire*» es Averbach; yo la mano. Él es el centro vital de todo.

—Ha conseguido interesarme —sonrió, levemente, Angus.

—Dicho así..., parece todo tan fácil... —susurró Helen.

—A veces, lo más complicado a simple vista se resuelve con facilidad, Helen.

—Ha costado año y medio llegar al punto donde nos encontramos, Angus. ¡Año y medio! Yo establecí el negocio para empezar a trabajar..., con esa computadora...

—¿La de la agencia matrimonial?

—Sí, claro... Esa computadora no es, por supuesto, la que recibí

de origen. Averback ha realizado las transformaciones necesarias para convertirla en otra clase de máquina... Averback ha trabajado mucho, perfectamente. Además, mi computadora, que a mí realmente no me sirve de nada, tiene un perfecto complemento en un aparato similar que Averback tiene instalado en su fábrica de corbatas de seda, que estableció poco después que yo lo hiciera con mi agencia matrimonial.

—Sospechaba algo así... Los establecimientos de ambos se comunican.

—En efecto... Una pared, que nosotros arreglamos a nuestra conveniencia, es lo que nos separa a mí y a Averback. Y a través de esa pared, mi computadora está conectada con un aparato que creó Averback. Es decir..., no todo está terminado; faltan algunos detalles. Los más importantes, los que hubieran puesto en funcionamiento nuestro complejo electrónico...

—¿Y esos complementos viajan en el avión perdido?

—Sí.

—Bien...

—Se fabricaron en China. Son diminutas piezas que se han de encajar en nuestras máquinas; más concretamente, en la de Averback. Diríamos que son piezas a modo de transistores, pero de funcionamiento mucho más perfecto y complicado. Esas piezas iban dentro de ciertos capullos de gusano de seda, perfectamente camufladas... Y eso es lo que tratamos de recuperar. Un estúpido accidente primero, un incinerador que no funciona después... Y perdemos millones de dólares, y una operación única.

—¿Qué utilidad práctica tendrían esos aparatos, ese complejo?

—Hubiera sido el más perfecto espía conocido.

—Oh...

—Concretamente, me refiero a toda el área del Pacífico.

—Es curioso.

—Nuestro aparato, hubiese trabajado a modo de pantalla de televisión, con imágenes en el aire... Por supuesto, no me refiero a imágenes reales. En el aire, en esa pantalla nuestra, hubieran quedado registros especiales, por el complemento que en China han fabricado para nuestro complejo. Digamos, pues, que nuestros aparatos captan señales que dejan en el aire; el complejo que existe en China, recoge, a su vez, esas huellas, o imágenes, o señales... Y

quedan registradas.

—¿Con qué utilidad?

—Habríamos captado todo el movimiento nuclear y atómico en el Pacífico, con toda fidelidad. Pero me estoy refiriendo a «todo». Sus movimientos atómicos en el Pacífico; rutas normales de submarinos, maniobras. Número de unidades tanto de mar como de aire y tierra, con las correspondientes bases... Es decir, que en manos chinas estaría toda la estrategia de Estados Unidos en el Pacífico. Perfectamente señalizadas las bases, con número de unidades incluso. Imagine, pues, un ataque por sorpresa.

La barbilla de Angus había ido cayendo, y estaba enseñando los colmillos en aquellos momentos.

Su mirada estaba helada.

—¿Cree posible todo eso, Helen? —inquirió.

—Habría sido posible, con sólo encajar las piezas camufladas en algunos de los capullos de gusano de seda. Le estoy hablando de alta precisión electrónica. ¿Qué le sorprende tanto? ¿Acaso no captamos perfectamente señales de satélites artificiales que están a cientos de miles de millas de nosotros?

—O sea, el Pacífico habría sido un juguete para China...

—Sí.

—Y sólo a falta de esas diminutas piezas...

—Exactamente.

—¿Usted es estadounidense, Helen?

—Sí...

Angus se puso en pie; se acercó a Helen.

La miró con insistencia durante unos segundos. Por fin, musitó.

—Vístase. Nos vamos.

—Pero.... ¿Max Lombard, y...?

Angus la miraba fríamente; adelantó la diestra, y la arrolló entre los cabellos negros de Helen, retorciéndolos. Susurró.

—Usted ya no tiene ninguna baza, Helen... Ninguna. Y..., no debería maltratarla; no quiero hacerlo, en realidad. Sería ridículo, no demasiado viril, incluso, que yo me liase con usted a bofetadas. O ejecutarla en el acto o nada... Bien, Vístase. Iremos hacia la rada donde espera la motonave. ¡Vístase!

Quería evitarlo, pero...

La ira le jugó una mala pasada.

Lanzó a Helen de cara contra el tocador, cuyo borde le aplastó la fina nariz, y le partió el labio inferior; la sangre le chorreaba por el pecho, por la toalla que se estaba cayendo...

En absoluto silencio, Helen empezó por dirigirse al baño, sin oposición alguna por parte de Angus, quien, sin embargo, no dejaba de mirarla; no impidió que ella se restañara la sangre, que solucionara hasta cierto punto los desperfectos. Luego, la observó mientras se vestía.

—Helen: ¿Ha habido ya algo en ese sentido? —inquirió de pronto, Angus—. Me refiero a si ya han emitido esas señales..., a si en China han recogido esa información que ustedes dejan en el aire con esas ondas ultra cortadas.

—No. Sin esos elementos de alta precisión nada podíamos hacer —musitó Helen.

—Está bien... Lombard,  
O'Neil,

Delbert... ¿Nombres supuestos, o son auténticos estadounidenses?

—Ni yo misma sé eso... Lombard llegó como jefe de grupo de rescate...

Angus asentía con movimientos de cabeza.

—Dese prisa —gruñó—. Efectivamente, ya ni siquiera importa que esas piezas se recuperen... Usted no seguirá albergando la máquina, simulando que es una perforadora de tarjetas de amor... Incluso voy a admitir que ha existido ingenio en la preparación.

—No es ingenio... Fue mucho estudio —susurró Helen.

—A veces, es lo mismo. ¿Está lista?

—Sí...

—Vamos, entonces. Oh..., hay muchas cosas sorprendentes aquí, es cierto. Cómo la he localizado, cómo he sustituido a Lewis... Es un pequeño secreto sin importancia, Helen... Un micro-espía que coloqué en la boca del reno. Eso, claro, significa que estuve aquí antes. Y..., estoy pensando en las muchísimas facilidades que me ha dado; las muchísimas explicaciones. Hemos invertido más de cuarenta minutos... Es mucho tiempo, ¿no es así?

—¿Qué quiere decir...? —susurró Helen.

Angus sonrió torcidamente.

—Usted no podía ir con Lewis porque... esperaba algo; tenía algo que hacer... —dijo.

—No hay nada de eso —dijo—. Lo he explicado todo porque usted lo hubiese conseguido igualmente... Mi inteligencia alcanza lo suficiente para comprender que he perdido.

Angus no parecía sentirse muy cómodo, no obstante.

Ella ya estaba lista para salir; un vestido de punto, azul fuerte, y un chaquetón marinero.

Angus fue junto a ella, y la agarró por un brazo; seguidamente, apagó la luz.

—Vamos a descender sin ruido —susurró—. Cuidado con los rumores, Helen. Las balas no los distinguen, pueden confundirse fácilmente.

—Pero..., ¿qué...?

—No estoy tranquilo. No se separe de mí más de dos pulgadas. Usted conoce el camino mejor que yo, a oscuras; guíe.

Salieron al pasillo, a oscuras; luego, hacia las escaleras. Nada ocurrió. Ni abajo, en el amplio vestíbulo con hogar. Todo estaba en silencio, tranquilo.

Angus, aun sintiéndose algo inquieto, no quiso perder más tiempo. Abandonaron el refugio, en dirección a la cala donde estaba la motonave, tan sólo ligeramente alejada del lugar primitivo.

Ya veían la silueta, apenas zozobrando en las aguas.

## CAPÍTULO IX

LA primera en pisar cubierta fue Helen. Detrás de ella, Angus, sin soltar la pistola. Y lo primero que hizo Angus fue acercarse a Max Lombard, que seguía en idéntica postura, pero ya recuperado. Lombard le miraba con fijeza, en absoluto silencio.

—Sólo necesito saber una cosa más —dijo Angus—: ¿Dónde están los hombres que faltan, esperando con el batiscafo? Por favor, Helen... Espero que no te niegues a facilitarme esos datos.

—Ya no importa... —musitó Helen—. Se encuentran antes de la salida del estrecho, en un islote, a la derecha; el batiscafo está metido en una gruta, como los dos hombres que aguardan allí. Al pasar frente a ellos, en el punto exacto, se había de hacer unas señales luminosas. Luego, simplemente, acercarnos, y remolcar el batiscafo, éste sumergido, por supuesto.

—Está bien. Iremos a buscarle.

—Usted no.

La voz sonó detrás de Angus.

Y el hombre del

F. B. I.,

no se volvió; no hizo gesto alguno, ya que la presión de una automática en el centro de su espalda era muy significativa. Además, eran dos hombres: el que le amenazaba, y el que había hablado, que acababa de aparecer ante Angus. Éste le miraba con sonrisa leve, flotante, más bien todo un reproche a sí mismo...

—¿Averback? —inquirió Angus.

—Sí... Es difícil hacerse a la idea de que el

F. B. I.,

ha llegado tan lejos en este asunto... No obstante, esta situación, como todas, debe tener sus ventajas... Pero pensaremos sobre la

marcha. Helen, por favor, suelta a Lombard.

Helen miraba a Averback, un hombre pequeño, delgado, de frente muy amplia, y ojos oscuros, saltones, con una cabellera gris, perfectamente peinada. Vestía traje, y abrigo; no empuñaba arma alguna.

—¿Vino directamente aquí, Averback? —inquirió Helen.

El hombre sonrió.

—No, no... Estuve en el refugio, pero tú y el señor Bogart y el señor Bogart estabais muy ocupados con cierta interesante conversación, con la particularidad de que el señor Bogart..., es evidente, es un hombre de acción muy temible. Prevaleció en mí el sensato criterio de que lo mejor era no enfrentarse abiertamente a él, de un modo personal, ¿comprendes? Por tanto, preferí salir en búsqueda de la motonave, y ver qué ocurría, con la seguridad, además, de que aquí nos encontraríamos. Ahora, yo puedo hacer frente al señor Bogart, puesto que dispongo de Delbert y de Max Lombard. ¿Le dejas ya en libertad, Helen?

—Sí... Sí, claro...

Helen se arrodilló junto a Lombard.

Se miraron por unos instantes a los ojos.

Luego, Helen alzó la mirada hacia Averback.

—Creo que todo está perdido, Averback... —musitó—. No importa que matemos a Bogart; no importa que rescatemos nuestros instrumentos de precisión... Es imposible que podamos seguir utilizando el camuflaje de la agencia matrimonial y la fábrica de corbatas... Nosotros, para actuar, necesitamos un lugar fijo, una base sólida, estable, sin despertar sospechas de nadie. Ya no es el caso, Averback.

—¿Por qué no?

—El

F. B. I.,

nos tiene acorralados... Es decir; podemos huir, sólo eso: huir. Nunca intentar volver a nuestros respectivos sitios, en Seattle, y seguir como si nada hubiese ocurrido... Es lo único que podemos hacer, Averback, no es tan difícil de entender: huyamos.

—Desátame —masculló Lombard.

—Hazlo —ordenó Averback.

—Sí, está bien, pero piense en lo que he dicho, Averback... Ya

no nos sirven nuestros negocios de camuflaje, nosotros mismos estamos marcados... Un hombre del

F. B. I.,

nunca está solo; en todo momento en su Delegación saben a qué se está dedicando... El

F. B. I.,

sabe que Bogart me ha seguido, que sospecha de mí... Y si muere, sus sospechas se convertirán en certidumbre. ¿Qué hago? ¿De qué sirvo entonces, Averbach?

—Bien...

—Y usted mismo —insistió Helen—. El

F. B. I.,

ha reparado en que nuestros locales son contiguos; saben, o sospechan, dejando al margen a Bogart, que lo sabe todo, que entre usted y yo existe alguna relación... Y su aparato, sin el mío, de nada sirve, aún en el supuesto de que rescatemos esos instrumentos...

Averbach sonreía levemente en aquellos momentos.

—No estás totalmente acertada, querida Helen... —murmuró—.

Sí es verdad que Seattle es un lugar vedado para nosotros, pero..., no aún. Yo espero tener tiempo suficiente para que el proyecto siga adelante... Mientras Max Lombard rescata los instrumentos que necesitamos, yo regreso a Seattle, y desmantelo mi aparato. Huyo. Entonces, oculto en cualquier sitio, —me reúno con Max, y yo completo mi aparato.

—¿Y el complemento?

—Oh, vamos, encontrar una computadora no es en absoluto difícil en este país, querida... Yo me instalaré en otro sitio, con las debidas precauciones, y..., aunque tenga que aguantar un tiempo, el proyecto seguirá adelante. Quizás me instale en la Baja California... La costa del Pacífico es muy ancha...

Helen meneó la cabeza.

—Ni siquiera estoy segura de que podamos salir del estrecho —musitó.

—Por favor... Te estás convirtiendo en un elemento negativo, Helen... El pesimismo es negativo...

—Tanto, sin duda, como el optimismo desmesurado —dijo Helen.

—Suelo ser un hombre realista, Helen. Tan pronto la motonave

salga hacia el lugar en qué está hundido el avión, yo regresaré a Seattle, para dismantelar mi propio aparato. El más importante. Lo completaré, lo perfeccionaré, cuando Lombard me entregue esos instrumentos. Luego, a esperar, simplemente. Ésos son mis cálculos, mis proyectos; no pienso abandonar. ¿Y tú?

—Yo sólo quería que os dierais cuenta de que...

—Helen: perdemos el tiempo —cortó Lombard.

—Como queráis... —suspiró Helen.

Tardó unos minutos en dejar en libertad a Lombard, quien se puso en pie, un poco vacilante, procurando devolver la circulación normal de la sangre a sus miembros. Mientras, miraba con extraña fijeza a Angus, quien no despegaba los labios.

—Ejecuten al hombre del

F. B. I.

—dijo Averback.

—Helen está en lo cierto; todo es inútil —dijo Angus, con voz tranquila.

—Helen, en estos momentos, sólo es capaz de sentir miedo, de pensar en sí misma —dijo Averback—. Helen es..., ya lo he dicho antes, un elemento negativo en nuestra organización.

—También la piensa ejecutar, supongo —dijo Angus.

Averback rió brevemente, pero agudo.

Y dijo:

—Tiene usted extrañas ideas, señor Bogart...

—No, no... Cualquiera se daría cuenta de que Helen ha dejado de ser persona grata. Ha dejado muchas huellas. Helen tendría que abandonar el país, ya no es útil, pues. Ella lo ha dicho: está marcada. Tal vez usted pueda recorrer nuestro litoral del Pacífico, Averback, pero ella no. Usted es un desconocido, en realidad. Ahora, se llama Averback, y fabrica corbatas. Mañana, puede ostentar otro nombre, y fabricar gomas para limpiar parabrisas, pongamos por caso... Helen, no. Tiene en el país unos antecedentes, una trayectoria, una identidad...

—Tal vez tenga razón, señor Bogart... Matadles. Luego, zarpad inmediatamente. Yo debo regresar a Seattle, y dismantelar todo lo que sea útil.

Helen procuraba mantenerse serena.

Musitó.

—No puede ser su última palabra, Averback... Yo he sido su mejor auxiliar durante mucho tiempo... Todo lo que hemos estado organizando, aparte de los conocimientos científicos, han sido mis ideas...

—Querida Helen, todo eso es cierto... ¿Sabes?, hace tres años me compré unos zapatos. Unos magníficos zapatos, suaves, flexibles... se amoldaban perfectamente a mis pies. Pero..., ocurrió que, con el tiempo, se agrietaron. Es normal, ¿no? Ya no me gustan. Ni me son útiles, es fácil comprender. No se puede, ni se debe, ir por el mundo con unos zapatos viejos y agrietados. Tuve que tirarlos, con pena, eso sí.

—Hay una diferencia, Averback —musitó Helen—: yo no soy su par de zapatos viejos.

—Oh, es mala comparación, ya lo sé, pero...

Helen actuó.

Por sorpresa.

Calculó magníficamente, además. Su víctima era Delbert, el único que empuñaba armas en aquellos momentos; y el ataque resultó fulminante. Fue un experto golpe de Helen, que dejó sin fuerzas al brazo derecho de Delbert, quien perdió la pistola. El segundo golpe, en el cuello lanzó hacia atrás a Delbert. Y Helen, con un cálculo exacto de la situación, no se preocupó de más. Es decir, de una sola cosa: inclinarse tranquilamente para recoger la pistola.

¿O acaso no estaba allí Angus Bogart?

Estaba, y se hizo notar.

Angus se enfrentó a Max Lombard cuando éste ya reaccionaba. Angus impidió, golpeándole en el plexo solar con el puño izquierdo, para luego soltarle un directo al mentón. Pero Angus observó inmediatamente que no era lo mismo atacar a Lombard con una barra de hierro, por la espalda, que hacerlo de frente, en casi idénticas condiciones.

Lombard encajó bien los golpes, y se movió velozmente, tratando de hincar la puntera de su zapato entre las piernas de Angus, quien esquivó aquel golpe, pero no un codazo en plena boca, inesperado, que le tiró manoteando hacia la borda.

Chocó de espaldas, y se vio fugazmente lo que estaba haciendo Helen.

Con Delbert, concretamente, quien había reaccionado, y trataba de anular la amenaza que suponía Helen.

Delbert tal vez pensó que ella no dispararía.

Delbert no debió pensar; en todo caso, cometió un tremendo error. Helen estaba disparando. Le clavó dos balas en la boca, tirándole por la cubierta.

Y eso fue lo que vio Angus, puesto que Max Lombard ya se estaba lanzando contra él.

Angus le preparó un recibimiento adecuado, con los dos pies por delante, que chocaron contra el vientre de Lombard. El movimiento de Angus, a continuación, hacia arriba, izó con cierta facilidad a Lombard, quien de no haberse aferrado con ambas manos a la borda hubiese volado hacia el agua.

Al quedar aferrado, al utilizar las dos manos para conservar el equilibrio, para asegurarse de su permanencia en la motonave, Lombard perdió la gran baza: dejó su estómago a merced de Angus, quien, aún sentado, colocó dos potentes golpes, vaciando el estómago del espía, quien caía, doblándose, soltándose de la borda, hacía cubierta.

Lombard retrocedió con más violencia, cuando Angus le asestó un feroz puñetazo en la frente.

Lombard manoteaba hacia atrás.

Tomó la automática.

Dos veces.

Lombard con los brazos en cruz, desencajada la boca, se precipitaba en aquellos momentos contra Angus. Pero Lombard ya era inofensivo. Lombard estaba muerto cuando llegó frente a Angus quien, al no tener la seguridad, actuó con precisión, con fuerza, clavando un hombro en el estómago del tipo, impulsándole luego hacia arriba, y Max Lombard voló; entonces, sí: voló.

Se oyó el chapoteo del cuerpo contra el agua.

Por fin, Angus jadeante, de rodillas, miraba a Helen y al encorvado Averbach.

—Esto significa el fracaso definitivo de la operación, Averbach —susurró Helen.

—¿Por qué? Aún...

—Usted se equivocó; he resultado ser un par de zapatos viejos muy incómodos. Yo..., tengo unos planes mucho más fáciles que los

suyos, y más sensatos: huir. Ocultarme. A usted, Averbach, no le queda ninguna alternativa. Mejor dicho, sólo una...

Helen, contraído el rostro por el furor, disparaba.

Averbach era demasiado débil para digerir los dos proyectiles que perforaron su endeble pecho. Tosió violentamente, dio unos pasos tambaleantes, y, por fin, se desplomó quedando de bruces.

Helen clavó sus relucientes ojos negros en las pupilas de Angus.

Angus, aún de rodillas, parecía estar resignado a su suerte.

—No quería comprenderlo... —musitó Helen—. Yo no puedo ignorar que el

F. B. I.,

nos tenía acorralados... Quiero la verdad, Angus.

—Sí, Helen, así es... Las salidas del estrecho están muy vigiladas. Nadie habría salido de aquí —musitó Angus.

—Le agradezco la información... Abandonaré la motonave, por supuesto. Bien; creo que tengo un margen de tiempo muy apreciable, Angus. Pienso que es inútil matarle, no conduce a nada, lo sé... Mato a un enemigo y tendré cinco mil detrás... Pero ¿qué hacer? Usted no va a dejarme huir si no le mato.

—Piénselo un poco, Helen...

—Por favor... No quiero morir en la cámara de gas... Haga lo que haga, si no huyo ése sería mi final. Lo lamento, Angus. En realidad, no crea que salgo ganando demasiado... Me buscará el

F. B. I.

por todo el mundo, y alguien más... Los chinos: ejecutores chinos saldrán en pos de mí. Me exigirán responsabilidades, claro... ¡A mí! No es justo... Yo no he fallado; fueron ellos... Al diablo su operación «pantalla en el Pacífico». Al diablo, sí.

—Se está poniendo histérica, Helen.

—Creo que es verdad... Y antes de que la crisis se agudice. Adiós, Angus.

Helen no se dio cuenta.

Era cierto: empezaba a entrar en una crisis nerviosa, y sus reflejos disminuyeron notablemente. Hasta el punto de que Angus, aún de rodillas, con la cadena oculta a la espalda, en su mano derecha, pudo actuar.

Fue un golpe salvaje, violentísimo. La cadena, de gruesos y fuertes eslabones, cruzó el pecho y la cara de Helen, además de

pegarle de lleno en la mano derecha. Fue un golpe asestado con toda la fuerza de que disponía Angus en aquella postura.

Helen chilló, retrocedió, pero aferraba desesperadamente la automática, comprendiendo que era su única baza. No obstante, antes de que pudiera apretar el gatillo ya Angus estaba en pie, y aquella vez soltó dos golpes consecutivos con la cadena, en cruz, sin importarle las consecuencias.

El primer golpe dejó el rostro de Helen amoratado, hinchado, a la altura del pómulos derecho; el segundo golpe la derribó de espaldas, y Angus, instantes más tarde, sólo tenía que inclinarse, para tomar la pistola y guardarla en un bolsillo de su chaquetón.

Helen gemía, con las manos en el rostro.

Angus se alejó unos pasos; regresaba de nuevo.

Sin dejar que Helen se diera cuenta de lo que ocurría, empezó a rodearla con cadenas convirtiéndola en un fardo inmóvil, que dejó allí mismo, en cubierta. No tardaría en tiritar de frío, ciertamente. Y de terror.

Porque..., ella no había fallado, muy cierto. Fue un accidente de aviación, y otro accidente mecánico o eléctrico; el del incinerador. Ella no había cometido errores, verdad.

Pero..., ¿y los accidentes? Lionel Thomas, el profesor Wargrave y dos de sus ayudantes del batiscafo, Sammy...

No habría pantalla en el Pacífico. Si acaso, un velo de sangre.

Helen parecía haberse desmayado, al agudizarse la crisis, aparte del dolor de los golpes recibidos.

Angus, entonces, tras echar un vistazo en torno, fue hacia la cabina alzada, donde estaba el aparato de comunicaciones. Encendió la luz, examinó la emisora, y buscó la frecuencia precisa para comunicar con Chris Merton, a la escucha en la salida Este del estrecho Juan de Fuca, con la suficiente dotación.

—Chris a la escucha. ¿Novedad, Angus?

Angus sonrió levemente. ¿Novedades, preguntaba Chris?

—Atención, Chris: manda una lancha rápida a mi encuentro. Salgo ahora al estrecho —dijo—. Cruzaremos señales luminosas cada cinco minutos, hasta encontrarnos. Es todo. Corto.

## CAPÍTULO X

**H**ABÍA mucha expectación en el buque insignia aquella mañana. Mucha gente estaba asomada a la borda, en espera de la aparición de uno de los buzos de la marina, que había dado señales de emersión. En la borda había marinos, oficiales, y varios agentes del

F. B. I.

Estaba también Angus, con Helen, sumida en un mutismo total.

Por fin, tras aparecer las burbujas consabidas, el buzo se hizo visible, e izado al buque en unos instantes. Mientras ascendía, el buzo mostró el brazo derecho, y la mano, con una «V» en sus dedos, gesto que no podía ser más significativo: había visto el avión.

Angus miró a Helen, y dijo:

—Creo que esto es el final. Realmente..., es no poco asombroso que Lewis, por sí mismo, lo descubriera... Creo que trabajabais con muy buena técnica, Helen.

—No ha servido de nada... —susurró Helen.

—Sin embargo, hay algo con lo que no estoy de acuerdo; vosotros pensabais volar parte del avión; el vientre, donde viaja la carga. Evidentemente, el resto os tenía sin cuidado. En ese avión, nosotros vamos a tenerlo en cuenta, viajaba un equipo completo de vuelo, y esos muertos tienen derecho a ser sacados de ahí... Pierdo el tiempo, ¿verdad?

—Sí. Eso no cambiará su situación. Además, para vosotros, con todos los medios de que disponéis, actuando a la luz del día, sin clandestinidad alguna, será fácil. Nosotros..., debíamos actuar de noche, alerta, y trabajando lo justo, lo imprescindible; son situaciones distintas, Angus...

—Hay que admitirlo... —murmuró Angus.

—Como sea, todo esto ha dejado de interesarme.

—¿Te das cuenta de que eres la única superviviente, Helen? Incluso los dos hombres que estaban con el batiscafo, esperando, prefirieron morir...

—Hice lo que pude por salvarme.

—Ya...

Se acercaba el oficial que ostentaba el mando de la operación, tras recibir los informes del buzo. Angus se encaró al oficial.

—¿Todo bien? —inquirió.

—Está localizado. Bien..., la operación será laboriosa, Bogart. Ni siquiera sabemos el tiempo que tardaremos en concluirla. Necesitaremos ayuda especial, claro, si queremos, de ser posible, recuperar el avión. Si ello no fuese factible, habrá que trabajar lentamente, para ir recuperando los cadáveres de los hombres del equipo de vuelo, y la carga.

—Claro. Habrá que trabajar duro. Se supone que el F. B. I., nada tiene que hacer aquí.

—Realmente... —sonrió el oficial.

—Gracias por todo —dijo—. Su ayuda ha sido muy valiosa.

—¿Se retiran, entonces?

—Tampoco nosotros hemos terminado —sonrió Angus.

—Entiendo...

El oficial miraba a Helen en aquellos momentos, que estaba cabizbaja, muy arrebujada en su abrigo, puesto que en aquellas aguas, un poco alteradas, frías, las brisas eran muy fuertes, y nada cálidas, ciertamente.

—Les cursaremos aviso tan pronto estemos de regreso en la Base Naval —dijo el oficial.

Y se retiró seguidamente, ya que había que poner en juego muchas cosas para que la operación fuese un éxito.

—¿Qué hacemos, Angus? —inquirió Chris.

—Nos vamos.

—Lo imaginaba.

—Preparad la motonave; podemos emplearla para llegar a Neah Point. De allí a Seattle podemos emplear un helicóptero de la base, o algún medio más rápido que la motonave.

—¿Tenemos alguna prisa especial? —inquirió Chris.

—No... En absoluto, Chris, pero me siento impaciente. En realidad, ignoramos si queda algún elemento suelto de esa organización. No he interrogado a Helen al respecto...

La miró.

Helen se encogió de hombros.

—No queda nada; nada ni nadie... —musitó.

—Lo celebro... Supongo, Helen, que te has hecho a la idea de que vas a ser sometida a un largo interrogatorio.

—¿Por qué?

—Por favor... Necesitamos conocer exactamente vuestros puntos fuertes; por ejemplo, en

Hong-Kong,

donde embarcó la mercancía... Tal vez haya alguien más de la «Delta» complicado, y no necesariamente en Estados Unidos, sino en cualquier escala. Pensamos haber cortado de raíz la cabeza de la organización, Helen, pero queremos asegurarnos que, al igual que en ciertos bichos, no existe una cola capaz de regenerarse por sí misma.

—No hay tal.

Angus miró de soslayo a Helen.

—No lo vamos a discutir aquí. En

Hong-Kong...

—Yo no sé lo que ocurre en

Hong-Kong,

Angus... Mi misión era muy concreta.

—Está bien. Repito: no lo discutiremos aquí. Preparados para pasar a la motonave, Chris. En cuanto lleguemos a Seattle, iremos a la fábrica de corbatas, y a la agencia matrimonial; con Helen. Ella nos indicará todo lo que necesitemos saber... para desmantelarlo.

Chris asintió con la cabeza, y se separó de Angus y Helen, para ir a preparar la marcha.

Por su parte, en el buque se encontraban ya trabajando, pidiendo refuerzos. Todo en plena actividad. Había que borrar las huellas en el Pacífico.

Poco más tarde Angus y Helen se dirigían hacia la borda, para pasar a la motonave, que quince minutos más tarde se ponía en movimiento hacia la costa, hacia Neah Point.

Apoyado en la borda, Angus había encendido dos cigarrillos,

uno de los cuales dio a Helen, que lo tomó en silencio.

—Pareces más calmado, Angus —musitó Helen.

—Ya te lo dije: ejecución en el acto, o nada, Helen.

—Entiendo... —Y se acarició el pómulo derecho que ofrecía un aspecto realmente horrible, agrietado, amoratado, hinchado.

—Fue en defensa propia —gruñó Angus.

—Es cierto... ¿Sabes?, he pensado mucho en lo ocurrido, y creo que me equivoqué al no invitarte al fin de semana. Me hubieses vigilado igualmente, pero tal vez el

F. B. I.,

habría creído que te limitabas al fin de semana, y de ocurrirte un accidente...

—No digas tonterías, Helen. No había forma de enmascarar la verdad. Y dime: ¿qué te hace suponer que yo hubiese aceptado la invitación?

Helen le miró a los ojos.

—¿No? —musitó.

Angus esbozó una sonrisa.

—Ya hablaremos de esto, ¿recuerdas?: amor en primavera.

—Oh...

Y fumando, ya en silencio, Angus tenía el ceño fruncido. ¿Amor en primavera? ¿Sólo en primavera? No, no...

Era sábado; poco más de las nueve de la noche.

Un poco irritado, Angus Bogart, en vista de que nadie le respondía en el apartamento de la muñeca, entró. Simplemente, entró, y estuvo husmeando por el pisito, hasta comprender que ella había salido. Así que se puso a esperarla, cómodamente sentado en un sillón, tras haberle registrado el frigorífico, y elegido un jugo de frutas. Fumaba, también, a la espera.

¿Dónde demonios se habrá metido la muñeca?

Por fin, a las nueve y media, se oyó rumor en el rellano de la escalera. Luego, una llave que se introducía en la cerradura.

Angus soltó un suspiro; vaya, menos mal...

Luego, pasitos. Pasitos de muñeca.

Y allá aparecía ella, asustada, habiendo descubierto al entrar que había alguien en el piso. Tenía sus radiantes ojos azules muy abiertos, y estaba muy juvenil, muy bonita, con aquel extraño

abrigo de flecos, un medallón, cosas de juventud, claro... Y Angus, sentado, chupando de la botella de jugos, la miraba descaradamente.

—Se... señor Bogart... —susurró, con una vocecilla aflautada. Iris.

—¿De dónde vienes? —Gruñó Angus.

—¿Yo...?

—Demonios, ¿pues quién?

—Oh... Oh, pero... He... he ido al cine...

—¿Al cine?

—S-sí... Me aburría esta tarde, y...

—Entiendo, entiendo... Y has ido al cine.

—Una película de amor.

—¿De amor?

—De amor, señor Bogart —ya reaccionaba Iris—. ¿O tiene algo contra el amor?

Angus arqueó una ceja.

—Realmente, nada... Eso es: nada —dijo.

—Lo celebro.

Angus, entonces, se puso en pie; se acercó un poco a Iris.

—No vayas a creer que soy demasiado grosero. Iris... Ya sé que pensarás que tengo una manera un poco rara de hacer las cosas, pero... En fin, te he traído un pequeño obsequio. Mira.

Era una cajita, con un lazo, que había dejado antes sobre la mesita.

—Bombones... ¡Oh, qué amable, señor Bogart...!

—Dicen que engordan, ¿sabes?

Iris pestañeó.

Luego, frunció el ceño.

—Señor Bogart...

—¿Sí?

—Diga: ¿le parezco delgada?

—Pues vista así... —Angus cerró los ojos, apretando los párpados—. Lo siento, Iris. Te lo dije: no sé qué hacer con una muñeca. Y ni siquiera queda el recurso de la computadora... Dime, pequeña: ¿qué se puede hacer?

—¿La muñeca soy yo, señor Bogart?

—Claro.

—¿Y de veras no sabe qué hacer conmigo?

—No estoy muy seguro...

—Entonces, podría hacerle algunas sugerencias.

—Espléndido.

—Por ejemplo, para empezar... podría tratarme como a una mujer, señor Bogart. ¿Qué tal?

—Demonios. ¿A ti? ¿Cómo a una mujer a ti?

—Pero..., ¿se está burlando?

—Ni lo pienses. Iris, por favor... Es real: no lo sé.

—Soy de carne y hueso, señor Bogart.

—¿De carne y... hueso?

—Se lo aseguro. Toda yo.

—Caramba...

—¿No quiere comprobarlo?

—Ejem...

—Toque. Oh, sólo el brazo, por ejemplo.

—Muñeca, eso es dar muchas confianzas, ya sabes: se empieza por el brazo, y...

Iris enrojeció.

Bajó la mirada.

—Ya es suficiente, señor Bogart. Muchas gracias por los bombones. Quizás volvamos a vernos —dijo.

—Claro: mañana. Y pasado. Y el otro.

—Por favor, señor Bogart... —Casi lloró Iris.

Angus no sabía qué hacer.

¿Y si iba a tocarla, y...? Tan dulce, tan joven...

Por fin, se decidió. Puso las manos sobre los hombros de Iris, y la atrajo suavemente hacia sí; con mucho cuidado. Ella le miraba a los ojos, con una súplica: que no se burlara. Angus adivinaba los pensamientos de la muñeca como si los estuviera leyendo. ¿Burlar? Para él sólo la muñeca, y todo estaba dicho.

Así que había que besarla.

Se inclinó un poco, posó sus labios sobre los de Iris. Y fue una sensación dulce, con un golpecito en el pecho. Poco a poco, se fue estrechando el abrazo. La cajita de bombones en medio, pero ni siquiera reparaban en ello. Cuando se separaron. Iris era feliz. Feliz, simplemente. Brillo en los ojos, en los labios, sonrosado el rostro.

—¿Mañana, pasado, y el otro, Iris? —musitó Angus.

—Cuando tú quieras, Angus...

—Ajá. ¿Y..., siempre?

—Sí, sí... Siempre...

—¿No te parezco demasiado viejo para ti?

—Oh, vamos, Angus.

La volvió a besar. Pues sí: de carne y hueso. Una muñequita de carne y hueso para él solo.

—Iris..., tenemos un problema —dijo, de pronto, Angus.

—Oh, cariño... ¿De veras he de pensar ya en eso?

—Por supuesto.

—E-es... es tan emocionante... Haremos lo que tú digas. Sí, eso es. En cuanto a mi empleo.

—Lo has perdido, Iris.

Ella trataba de adivinar algo en los ojos de Angus.

—Angus..., tuve celos de *miss* Houghton. Creí, simplemente, que querías pasar el fin de semana con ella... ¿No es así?

—No. Y olvídala.

—Pero... ¿qué ha ocurrido? ¿Tan terrible es, Angus?

—Hablemos de otras cosas... Me estoy haciendo pedazos los sesos, muñeca... Trato de hacer planes para mañana, domingo, por ejemplo... bueno, elige tú, podemos ir a las atracciones de Lake Washington Park, y montamos en las montañas rusas, o bien...

Iris rió feliz.

—¡Todo eso! —dijo—. Me encantan las montañas rusas, y almorzar, y bailar...

—Ya... ¿Y... esta noche? Aún no son las diez, Iris.

—¿Esta noche? —susurró ella.

—El caso es que ni siquiera eres mayor de edad... —Gruñó Angus.

—Entonces, podemos quedarnos aquí, Angus. Tengo discos; podemos bailar un poco... Oh, y tengo provisiones en la nevera. Y..., en fin: ¿crees que te aburrirás por el hecho de estar aquí a solas conmigo?

Iris, entonces, besó a Angus; en los labios y en la barbilla.

—Te amo...

—¿Estás segura? Iris..., a pesar de todo, nos hemos conocido en una agencia matrimonial..., y eso...

—Tonterías. ¿Me dejas preparar a mí la velada?

—Desde luego.

—Entonces voy a...

—No hay prisa, nena.

Para Iris, podía terminar el mundo. Tenía los ojos cerrados, sus labios junto a los de Angus Bogart...

FIN



**JEAN.**



---

Concesionarios  
exclusivos en América

**EDITORIAL AMERICA, S.A.**

2180 S.W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA



**EDITORIAL ROLLAN, S.A.**

PINTO (Madrid)

**10**  
Ptas.

